AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

CASTILLOS EN EL AIRE

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NÚM. 24

1923

Al ilustre actor Enrique Chicote.
Su admirador afmo.
Augusto Martínez Olmedilla

CASTILLOS EN EL AIRE

Imprenta Artística. Sáez Hermanos
Norte 21. — Teléfono - 65

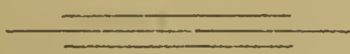
CASTILLOS EN EL AIRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Estrenada en el Teatro Cervantes la noche del 20 de marzo de 1923, por la **Compañía Mercedes Pérez de Vargas.**



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
1923

REPARTO

Cleofé	Amalia Schez. de Ariño
Paloma	Cruz Almiñana.
Adelina....................	María Victorero.
Nati........................	Carmen Navascués.
Manolita...................	Purita Martínez.
Pura	Paquita Más.
Señora Pascasia	Carmen Aznar.
Juana	Pilar Casteig.
Petra	Paquita Más.
Un ama de cría	N. N.
Dos ídem que no hablan....	N. N.
Don Oscar Pedraza de Avellanosa................	Juan Espantaleón.
Mario	Julio Costa.
Don Fernandito	Antonio Riquelme.
Paco	Guillermo Figueras.
Leoncio	Julio Estevarena.
Román	José Martí.
Pepe	Vicente Ariño.
Doctor	Pío Graci.

La acción en Madrid. Época actual.

CASTILLOS EN EL AIRE

A Amalia Sánchez de Ariño.

ACTO PRIMERO

Planta baja, en un barrio popular de Madrid, donde la señora Cleofé tiene establecido su gabinete de peinadora y manicura. Puerta vidriera al foro que da a la calle; en los cristales, con letras negras, una inscripción: «Cleofé, profesora de belleza». Puerta lateral que comunica con la vivienda. Un tocador con peines, cepillos, tenazas, secador eléctrico, etc. En el testero de enfrente, una imagen de Nuestra Señora de la Paloma con dos velas rizadas encendidas. Muebles modestos. Todo muy limpio y aseado.

(*Al levantarse el telón Paloma está sola en escena dedicada a confeccionar muñecos de trapo. A poco entran de la calle, bulliciosamente, Manolita, hermana menor de Paloma, y Pura, aprendiza, adornadas con mantones de Manila y flores en el pecho y cabeza. Es el día de la flor y ambas constituyen una pareja postulante. Manolita lleva una cestilla con flores de trapo y Pura un cepillo de metal para recoger los donativos.*)

Manolita.—¡Paloma! ¡Oye, Paloma! Un señor nos ha echao dos duros en el cepillo. Que te diga esta.

Pura (*moviendo el cepillo*).—Sí, sí; oye, verás como suena.

Paloma.—¡Vaya! Mucho habéis recaudado por lo visto.

Pura.—Sí; pero casi todo es morralla. La mar de gordas, dos o tres pesetillas y los dos duros estos que, yo no sé, puede que el buen señor se haya vuelto loco.

Manolita.—A lo mejor, un voto que ha hecho.

Pura.—O que le hemos gustao más que otras. A mí me ha dado un pellizco en este brazo.

Manolita.—Ay, pues a mí no. Y se me lo da le suelto un bufido. ¡No faltaba más!

Pura.—Todo por los tuberculosos, chica. ¿Vamos a ver si recaudamos otro poco?

Manolita.—Pa luego es tarde. (*Va a salir; cerca de la puerta, se vuelve.*) ¡Ah! Oye, Paloma: si viene el pelanillas de mi novio...

Paloma.—Tres veces ha estao a buscarte.

Manolita.—Pues si viene la cuarta le dices que no se ponga tonto: que postulo porque me gusta y que postularé el año que viene si tengo ganas; y que si le parece mal que ahueque. Vamos, Pura. (*Vanse Manolita y Pura por el foro.*)

Paloma.—Pero oye, loca... Después de todo, si no le quiere hace bien en divertirse...

(*Entra de la calle Nati; lleva mantilla y en la mano un cepillo de postular.*)

Nati.—¡Hola, Paloma! ¿Está tu madre?

Paloma.—Sí; en seguida sale. ¿Vas a peinarte ahora?

Nati.—Hija, que me arregle un poco la cabeza; que con tantas idas y venidas se me ha puesto el moño completamente bolcheviqui. (*Se sienta.*)

Paloma.—¿Has recaudado mucho?

Nati.—Dos veces llevo ya vaciao el cepillo. Unos veinte duros mal contaos.

Paloma.—¡Vaya! Contentos pueden estar contigo los organizadores. ¿Es el primer año que postulas?

Nati.—Sí. Desde que empezaron con la Fiesta de la flor, todos los años me invitaban. Pero como mi padrastro estaba tuberculoso, francamente, yo no quería contribuir a la desaparición de la enfermedá.

Paloma.—Sí que os daba mala vida el hombre.

Nati.—Ríete tú de Bélgica ocupá por los alemanes. En fin, Dios le tenga... donde quiera tenerle, con tal que no sea en mi casa. ¿Tú no has querido postular?

Paloma.—No le gustaría a mi novio.

Nati.—Ya; ya sé que estás chalaita.

Paloma.—¡Fíjate! No es para menos.

Nati.—Como guapo, es guapo de veras. El domingo os vi por el Parque del Oeste, y ¡vaya parejita!

Paloma.—Es guapo, es bueno y me quiere mucho... Como yo a él, por supuesto.

Nati.—La familia es de postín, según creo.

Paloma (*con pena*).—Demasiado postín para mí. Les parezco poco. Y lo soy: yo lo comprendo. Pero, ¿qué hemos de hacerle? Nos queremos, y en el querer nadie manda, como dice la copla.

Nati.—¿Y os casáis pronto?

Paloma.—En cuanto ascienda a capitán. Dentro de un par de meses a lo sumo.

Nati.—Lo malo es que sea aviador. Yo no estaría tranquila.

Paloma.—¡Toma! Ni yo tampoco. Me ha prometido dejarlo cuando nos casemos, pero no confío gran cosa... Le tiene mucha afición y además él dice que va tan seguro en su aparato como si estuviese en una butaca.

Nati.—¿Volaba hoy?

Paloma.—Cuando veas que mi Virgencita está iluminada...

Nati.—Es verdá; ni me había fijao que tiés aquí a la Paloma. (*Se santigua*). Poca devoción que yo la tengo.

Paloma.—Dejarías de ser madrileña.

Nati (*levantándose*).—Pero chica, tu madre se eterniza por ahí dentro.

Paloma.—Voy a darle una voz. (*Se levanta y va a la puerta que comunica con la vivienda.*) ¡Madre! Haga el favor. Aquí la buscan. (*Vuelve a trabajar. Sale Cleofé.*

Es una mujer joven aún, limpia y agradable, con el gracejo y la simpatía de una madrileña castiza.)

Cleofé.—¡Ay! Pero si es la Nati. Dispensa, mujer, si te he hecho esperar. Como yo, además de profesora de belleza tengo que ocuparme de otros menesteres más prosáicos... ¿Y en qué puedo servirte?

Nati.—Na más que sujetarme un poco el moño. Con el ajetreo se me va la mantilla.

Cleofé.—Pues en un periquete estás servida.

Nati.—Ya sabemos que tié usted buenas manos. (*Se sienta ante el tocador y se quita la mantilla. Cleofé le arregla el pelo mientras hablan.*)

Cleofé.—Mujer, no es que yo lo diga; pero el oficio no tié secretos pa mí. ¿Quieres que te arregle también las cejas?

Nati.—No, señora; hoy no.

Cleofé.—Como quieras; pero quedarías preciosa. Ya se va enterando la gente de que tó el aquel de una cara está en las cejas. Te las pones delgás y te resulta cara de angelito. Te las dejas crecer y te quedan los ojos asesinos. En forma de arco pronunciao, cara de bobita, que también tié sus partidarios, porque da menos miedo que las otras. Esto de la belleza está pogresando mucho. Hasta el color de los ojos se cambia ahora. Este verano se van a llevar azules.

Nati.—Sí que hacen ustés prodigios.

Cleofé.—A mí lo que me pierde es la calle en que vivo y esta franqueza tan hermosa que Dios me ha dao. Si yo me decidiera a mudarme al barrio de Salamanca, a llamarme Madame Cualquier Cosa y a recibir a las clientas hablando gangoso, en un par de años, millonaria. Un vestido de raso negro, unos mitones de seda, unos impertinentes de oro, y tratar a las parroquianas muy desdeñosa: «¡Oh! Señogá estoy muy ocupadá, no puedo atendegla hoy...» Aunque no tuviese más ocupación que hacer solitarios con la baraja. Y las *señogás* volverían, y lo que es mejor, pagarían cinco duros por el mismo trabajo que aquí me vale una peseta. Pero no quiero. Madrileña

soy, y a mucha honra. Bautizada en San Lorenzo por más señas, y no reniego yo de mi origen ni por los millones de Rochíl. Con sacar adelante a los míos me doy por satisfecha.

Nati.—Ya he visto por ahí a la Manolita hecha una mujer. El día menos pensao se casa.

Cleofé.—No lleva camino.

Nati.—¿Que no? Pues novio ya tiene.

Cleofé.—¡Cualquier cosa! Si llamas novio a una perra gorda de altramuces...

Nati.—¿No habla con Leoncio el de la tabernera?

Cleofé.—¡Ay Leoncio, que me da el soponcio! Valiente conato de novio. Un aspirante a novillero. Sí que es un porvenir.

Nati.—Eso no se sabe. Así empezó el «Chico de la Blusa...» Pero en fin, si a usted no le conviene... Paloma, en cambio, va bien colocá.

Cleofé.—Demasiado bien. No quería yo tanto. Nadie debe salirse de su clase. Allá ellos. Bastante más me preocupa lo del bigardo de mi hijo.

Nati.—¿Sigue tan consecuente con su conducta?

Cleofé.—Hija, más firme que una roca. Si conforme le ha dao por no hacer ná le da por trabajar, yo no sé hasta dónde llegaría ese chico. Pero no gana ni una linda. Y, en cambio, se divierte en grande. Gracias a que ésta y yo sostenemos la casa.

Nati.—¿Le va bien a Paloma con los muñecos?

Paloma.—Sí; es un trabajo agradable y lo pagan bastante bien. Como «él» no quiere que siga en mi oficio...

Cleofé.—Antes era costurera y cosía en las casas. Así conoció a su novio. Hija, entró Paloma en aquella casa como si entrara un ciclón. Alberto, el que se va a casar con ella, loquito perdío; Mario, su hermano, tan loco como él; y don Oscar, un tío de los dos, la mar de rico y senador, que ya no cumple el medio siglo, despepitao también por la joven.

Paloma.—Pero madre, ¿qué le importan a nadie estas cosas?

Cleofé.—No le importarán a nadie, pero de algo hemos de hablar.

Nati.—Pues se armaría la guerra civil en la casa.

Paloma.—Eso temíamos al principio; pero, afortunadamente, todo se arregló. Mario, el hermano de mi novio, se ha casado con otra, convencido de que yo no había de quererle.

Nati—¿Y el tío?

Cleofé.—Ese sigue en estado de merecer. Porque no me ha visto a mí, por supuesto.

Nati (*sinceramente admirada*).—¡Hay que ver! ¡Tres hombres enamoraos de Paloma!

Cleofé.—Porque no había más en la casa. Es decir, quedaba Paco, el más pequeño, que estaba entonces interno en un colegio. Si no, también cae.

Nati.—¡Y los tres queriendo casarse!

Cleofé.—¡Pues no, que se juega!

Nati.—¡Qué mal repartido está el mundo! Uno así me hacía a mí falta. Uno solo y sería feliz. Arreglar mi casita, cuidar de mi hombre y de mis hijos, si Dios me los daba... Y no verme de cupletista como quiere mi madre...

Cleofé.—¿Qué, debutas pronto?

Nati.—No, señora. Y cuanto más tarde, mejor. No sirvo yo para eso.

Cleofé.—Ya verás, en cuanto empieces a oir las palmas... Ea, ya estás. Has quedao primorosa.

Nati (*levantándose*).—¿Qué le debo?

Cleofé.—Ya lo sabes; lo de siempre. (*Nati la da unas monedas.*) Gracias, hija. ¿A ver las manos? ¿Quieres que las dé un repasito?

Nati.—Sí. Apañás las tengo. Entre el fregadero y la aguja...

Cleofé (*en un rasgo de sinceridad*).—Y que las tengas así muchos años. Te lo dice quien te quiere. Que yo, antes que manicura, soy persona decente. Adiós, hija. Y da recuerdos a tu madre.

Nati.—De su parte de usted. Hasta otro día. (*Vase Nati por el foro.*)

Cleofé.—¡Pobrecilla! ¡Si tuviera otra madre! A gol-

pes le hace aprender los cuplés. ¿Y a ti qué te pasa, mujer, que no dices ni pío?

Paloma.—¡Ay, madre, estoy en brasas! No veo el momento de que venga Alberto.

Cleofé.—Pero si es temprano todavía...

Paloma.—Ya lo sé; pero me consumo de impaciencia. (*Asoma por la puerta del foro Leoncio, el novio de Manolita. Es un jovenzuelo desmedrado, con gorrilla y pañuelo anudado al cuello.*)

Leoncio (*desde la puerta*).—Buenas tardes.

Cleofé (*zumbona*).—¡Ay, Leoncio, que me da el soponcio! ¿Cuántas orejas has cortao esta semana, fenómeno?

Leoncio.—Déjese usted de chuflas. ¿No está la Manolita?

Cleofé.—No está.

Leoncio. Pirandeando con la postulación. ¿No es eso?

Cleofé.—Donde le da la real gana. Sólo tiene que dar cuentas a su madre.

Leoncio.—¡Maldita sea!

Cleofé.—Y otra vez, cuando vayas en el tranvía, no hagas la vista gorda por no cederme el asiento. Se conoce que te has hecho feminista.

Leoncio.—¿Yo? ¿Por qué dice usté eso?

Cleofé.—¡Lo que tú habrás pensao! ¿No dicen las mujeres que quieren ser iguales a los hombres? ¡Pues que vayan en la plataforma! ¿Verdá, rico?

Leoncio.—No tengo ganas de charla. Quede usté con Dios. Y dígale a la Manolita que tóo ha terminao entre nosotros.

Cleofé.—No sé si me atreveré a decírselo, a ver si le da el faratute.

Leoncio.—Pues no hay que despreciarme tanto, que la vida es larga y cá hombre es un mundo. (*Vase foro.*)

Cleofé.—Pero tú no pasarás nunca de maleta. (*A Paloma.*) Vamos, tú, no te pongas tonta, mujer. Si dentro de un rato lo tendrás aquí, como toos los días.

Paloma.—Es que a veces me da la murria...

Cleofé.—Pues no hay motivo. Y ahora voy a envolver esas pelucas pa llevarlas al teatro. (*Vase Cleofé por el lateral. A poco entran, bulliciosamente, como al principio, Manolita y Pura.*)

Manolita.—¡Paloma!

Pura.—¡Oye, Paloma! Hemos vuelto a encontrarnos al señor de antes.

Manolita.—El de los dos duros.

Pura.—El de los pellizcos,

Manolita. — Y va y me pregunta la mar de fisno: «¿Son ustedes de este barrio, encantadoras niñas?»

Pura.—Y va ésta y le dice, haciéndole una reverencia: «Pa servir a Dios y a usté.»

Manolita.—Y dice el señor: «¿Conocen ustedes, acaso, a una joven muy linda, que se llama Palòma Díaz y se dedica a la confección de juguetes artísticos?» «Sí, señor; es mi hermana.» «¿Dónde vive?» «En aquella casa.» «Agradecidísimo.» Y va y se sacude otros dos duros en el cepillo.

Pura.—Esta vez sin pellizcar.

Manolita.—Hemos echao a correr pa avisarte, y él viene detrás de nosotras.

Paloma.—¿Y quién es ese señor?

Cleofé (*saliendo de la puerta lateral; se supone que ha oído la conversación de las muchachas*).—Pa mí que es don Oscar, el tío de Alberto.

Manolita.—Eso mismo me estaba yo maliciando.

Paloma.—¿Y qué puede querer de mi? Alguna mala noticia que me trae. ¡Ay, madre, con razón barruntaba yo algo malo!

Cleofé.—No te pongas tonta, mujer, y espera a ver qué pasa. (*A Pura y Manolita.*) Hala, vosotras a la calle, que aquí no hacéis falta.

Manolita.—¡Huy, qué genio! Ya nos vamos. (*Salen corriendo, Manolita y Pura, por el foro.*)

Cleofé (*a Paloma*).—Y tú, anda pá tu cuarto. Dejarme sola. No necesito yo peones de brega pa entendérmelas con nadie. Este señor es el que dice rimbombancias que no hay quien lo entienda, ¿verdad?

Paloma.—Sí; sí, señora.

Cleofé.—Pues yo haré que me hable muy clarito, y le contestaré más claro todavía. Anda, mujer, que va a llegar y no hace falta que te vea.

Paloma.—Pero, ¿podré escuchar lo que hablen ustedes?

Cleofé.—Aunque te dijera que no, habías de hacerlo... (*Vase Paloma por el lateral*) Vamos a ver qué le ocurre al buen señor. Porque esta visita se las trae. ¡Vaya si se las trae! (*Entra por el foro don Oscar. Es un cincuentóu bien conservado. Viste correcto traje de chaqué. Lleva las solapas y el pecho totalmente cubiertos de florecillas de trapo. Se comprende que ha prodigado duros y pellizcos entre las lindas postulantes. Al entrar se quita el sombrero ceremoniosamente.*)

Don Oscar.—¿Es doña Cleofé Ramírez, viuda de Diaz, a quien me cabe la honra de saludar?

Cleofé.—Servidora de usté.

Don Oscar.—Tengo un verdadero gusto.

Cleofé.—Tantísimas. Pase, siéntese y dígame en qué puedo servirle.

Don Oscar.—Obedezco, altamente agradecido. Soy Oscar Pedraza de Avellanosa, senador del Reino, tío de Alberto, el prometido de Paloma. (*Se sienta.*)

Cleofé.—Por muchos años. (*Se sienta.*)

Don Oscar.—Las circunstancias han dispuesto que vayamos a emparentar, en virtud del enlace en perspectiva. Nada más natural y lógico que mi deseo de conocer a usted y saludarla cordialmente.

Cleofé.—Se ve que es usté más cumplido que un gabán largo.

Don Oscar (*habla siempre en tono tribunicio*).—Ahora bien, corresponde a mi deber caballeroso hacer constar de manera categórica e inequívoca que, al dar este paso, lo hago única y exclusivamente por cuenta propia, sin que pueda ni deba considerarse que asumo la representación de la familia. En una palabra: la oposición de mi hermana, madre del novio de Paloma, sigue siendo, como el primer día, absoluta, tenaz, irreducible. Y no extrañe a usted que

diga *irreducible* en vez de *irreductible*, como tantas veces oimos y leemos, porque debe decirse de aquel modo.

Cleofé.—Dígalo usté como quiera. Demasiado se entiende.

Don Oscar.—Prejuicios familiares... Preocupaciones... Cosas... No es que haya nada que decir de la novia ..

Cleofé (*perdiendo un poco de serenidad*).—Y tanto que no hay que decir nada. Mi Paloma es buenísima.

Don Oscar (*rectificando*).—Bonísima, diría yo, doña Cleo.

Cleofé.—Pues yo digo buenísima, porque es verdá. Lo que ocurre es que no tié dinero, y por eso la desprecian.

Don Oscar.—No, no es precisamente la cuestión crematística el caballo de batalla. Mi hermana es desinteresada, desprendida. No, no es eso. Ya lo he dicho antes: cosas. Es más bien la diferencia de clase. Los Pedraza de Avellanosa somos una familia prócer. Sangre azul, genealogía pulquérrima, alcurnia elevada... Este es el quid.

Cleofé.—Pues hijo, lo que es eso tié mal arreglo.

Don Oscar.—Lo reconozco, y es lástima, porque acaso pudiera conciliarse todo.

Cleofé.—No comprendo.

Don Oscar.—Muy sencillo. Estos prejuicios familiares son exclusivos de mi hermana. Ella es intransigente, cual si hubiera nacido en plena etapa medieval. Yo, en cambio, marcho al compás de las tendencias de mi tiempo: ecuánime, conciliador, ponderado, sé muy bien que no existe la sangre azul; que toda es roja, y que no se debe pedir a nadie más que elevación en sus miras, nobleza en su conducta, aristocracia en su corazón.

Cleofé.—Muy bien.

Don Oscar.—Gracias.

Cleofé.—Quiero decir que todo eso me parece muy bien; pero que no sé adónde va usté a parar.

Don Oscar.—Entiendo yo, mi señora doña Cleo

—según mis noticias, las personas allegadas a usted emplean este apócope familiar y afectuoso para designarla—entiendo yo, repito, que entrar en una familia violentamente, contra viento y marea, *manu militari*, como si dijéramos, no ha de ser muy satisfactorio. En cambio, nada más grato que penetrar en el mismo recinto de un modo apacible, más que apacible, entusiasta, a tambor batiente y con todos los honores imaginables.

Cleofé.—Sigo sin comprender.

Don Oscar.—Paloma puede incorporarse a mi familia de esta manera, si ella quiere.

Cleofé.—¿Cómo?

Don Oscar.—Casándose conmigo.

Cleofé.—¡Vaya una salida!

Don Oscar.—No se trata de una idea absurda. Yo no soy ningún viejo. Mi posición es envidiable; harto mejor que la de mi sobrino, cuyo porvenir depende, en gran parte, de lo que haya de heredar cuando yo muera. Entiendo yo que con suma discreción usted podría insinuar a Paloma...

Cleofé.—¡Ay, no señor! ¡Ni pensarlo! Mi hija es libre de querer a quien se le antoje. En estas cosas, yo me lavo las manos como Caifás.

Don Oscar (*rectificando*).—Fué Pilatos, doña Cleo, el del lavatorio.

Cleofé (*picada*). —¿Y quién le ha dicho a usté que Caifás no se las lavara también? Conque ya lo sabe. Si quiere usté decírselo a Paloma, es muy dueño de hacerlo, y ella verá lo que responde. Por mi parte, ni entro ni salgo.

Don Oscar.—Además... ¡Hay tantas cosas!... Claro, ella está enamorada, y, por lo tanto, ciega. De otro modo, vería, de seguro, algo no muy agradable ciertamente.

Cleofé.—¿Qué es lo que vería?

Don Oscar.—Banalidades, si usted quiere; nonadas... Cosas.

Cleofé.—Pero ¿qué cosas, don Oscar de mis pecados?

Don Oscar.—Nada; que Alberto—muy buen muchacho, por lo demás—es algo aficionado a divertirse. Si llega a casarse, hará desgraciada a su mujer.

Cleofé.—¿Cómo si llega a casarse? ¡Si piensa hacerlo el mes que viene!

Don Oscar.—El mismo día de la boda se puede arrepentir. ¡Y quién sabe si sería lo mejor!

Cleofé.—Él ha dado su palabra formal a mi hija. Pero, por si acaso, hoy mismo, en cuanto venga, delante de mí haré que la renove.

Don Oscar (*rectificando*).—Renueve.

Cleofé (*levantándose, encrespada*).—¡Rediez! Ya me voy cansando de tanta lección.

Don Oscar (*levantándose para marchar*).—Lamento muy de veras, doña Cleo, haber proporcionado a usted este mal rato. Un deber de conciencia me lo imponía. No diré que llegue el caso de que Alberto falte a su palabra. Lo que me importa hacer constar es que, si tal acaece, hoy, como siempre, sigo viendo en Paloma el desideratum, el arquetipo. Doña Cleo, he tenido tanto gusto... (*Tendiendo la mano. Ella aparenta no verlo, y no le da la suya.*)

Cleofé (*secamente*).—Vaya usted con Dios.

Don Oscar (*aparte*).—(No ha querido darme la mano... La de su hija es la que me interesa.)

(*Se va don Oscar por el foro Entra Paloma muy afligida.*)

Paloma.—¡Ay, madre, qué desgraciada soy! Alberto no me quiere. Y es natural que así suceda; todos los que le rodean van en contra mía: la madre, el tío, el hermano, que no será quien menos influya... Y acabará por odiarme, por despreciarme, por huir de mi lado.

Cleofé.—¡Pero no seas tonta, mujer! ¿No comprendes que estos son manejos del respetable carcamal que acaba de visitarnos, para ver si os encizaña y rompes con tu novio y te resignas a casarte con él?

Paloma.—¿Será posible? ¿No lo dice usted por consolarme?

Cleofé.—¡Y tan posible! Hay que tener un poco de

pesquí y no dejarse sorprender. ¡Pues sí que me la iba a dar a mí el excelentísimo camándulas este!

Paloma.—¡Pero Dios mío, parece mentira!...

Cleofé.—No te diré yo que tu novio sea precisamente para ponerle en un altar como tú crees. Pero...

Paloma (*interrumpiéndola*).—Mi novio es muy bueno y me quiere; es incapaz de una mala acción contra mí.

Cleofé.—Tu novio es un pollo «bien»; y a mí los pollos «bien» me gustan con arroz o con tomate, pero no para maridos. Y por si algo le faltaba, aviador. ¡Con lo que presumen los niños! Las cosas han venido así, y tú estás loca y hay que dejarte. Pero si fuera por mi gusto...

Paloma (*con pasión*).—Yo, con tal de que él me quiera, que se hunda el mundo.

Cleofé.—¡Ay, señor! ¡Dichoso el que tiene pocos años y tantas ilusiones! (*Vase por el lateral.*)

Paloma (*arrodillándose ante la imagen*).—¡Virgencita mía, no me dejes de tu mano!

(*Se abre la puerta de la calle y asoma por ella Mario, joven apuesto y elegante. Al ver a Paloma se detiene, y pregunta*):

Mario.—¿Se puede?

Paloma (*levantándose*).—Adelante. (*Sorprendida.*) ¡Mario! ¡Usted aquí! ¿Qué ocurre? Algo malo sucede cuando viene usted a mi casa.

Mario.—Todo lo contrario. Tranquilícese usted, Paloma; yo se lo ruego. Vengo a traer a usted el ramo de oliva.

Paloma.—Explíquese usted, por Dios.

Mario.—He querido ser yo el portador de la buena nueva. Son méritos que deseo contraer para que usted me perdone.

Paloma.—¡Perdonarle! Si usted no me ha hecho nada malo. En todo caso, sería yo...

Mario.—Sí, Paloma; tiene usted mucho que perdonarme. Tanto como la he querido, he llegado a odiarla en algún momento. Y no sólo a usted, que es

lo más triste... Creía yo antes que eran recursos de dramas o novelas esos casos terribles de hermanos que se aborrecen mortalmente por el amor de una mujer... Y, sin embargo, lo he visto muy de cerca. Alberto y yo éramos inseparables; no hubo jamás hermanos tan íntimamente unidos... Hasta que usted se interpuso...

Paloma.—Contra mi voluntad, Mario; por lo más sagrado se lo juro.

Mario.—Lo sé, Paloma; y por eso he acabado disculpándola. ¿No le ha dicho a usted nada Alberto de este cambio que se ha operado en mí?

Paloma.—No... Hace tiempo que no me habla de su familia. ¡Es tan doloroso para los dos!...

Mario.—Lo comprendo...

Paloma.—Para él, que estaba aislado entre los suyos. Para mí, que me veía menospreciada, ofendida por todos ustedes... (*Con acento dolorido, sin encono.*)

Mario (*con pasión difícilmente contenida*).—Por todos, no... Usted no sabe de qué veneración, de qué entusiasmo la rodeaba siempre mi cariño... Pero yo estaba ciego... Cuando comprendí que se había consumado la traición... lo que yo llamaba traición, que no lo era, y hoy lo reconozco, creí enloquecer; quise morir. Si mi madre no arranca de mis manos un arma, me hubiera suicidado... Ya todo eso pasó.

Paloma.—Afortunadamente. Dios lo ha querido.

Mario.—Renació la tranquilidad entre nosotros. Alberto no podia ser de nuevo lo que antes fué para mí; pero era mi hermano. Yo debía quererle; debía olvidar. Y le quise... y olvidé. Pero no era bastante. Necesitaba, para tranquilidad suya y mía, levantar una barrera infranqueable a mis antiguos sueños... Y por eso me casé.

Paloma.—Con toda mi alma le deseo a usted la felicidad que merece.

Mario.—Gracias, Paloma. Seré feliz, sí, lo seré, porque quiero serlo... y merezco serlo. Mi mujer es hermosa, es buena, me quiere... Seré feliz. Seré feliz.

Paloma.—Dios lo haga.

Mario.—Dada esta satisfacción a mi hermano, necesitaba cumplir como bueno con usted.

Paloma.—No, por Dios, Mario; conmigo, no; conmigo, no.

Mario.—Debia hacerlo, y lo he hecho. Usted iba a entrar en mi familia como una intrusa. Esto no era digno de usted. Usted merece entrar en mi casa por la puerta grande, y yo lo he conseguido.

Paloma.—¡Dios mío!

Mario.—Cuando me casé me preguntó mi madre qué regalo quería que me hiciera. «Por ahora, ninguno—le dije—. Cuando llegue el momento te diré lo que deseo.» Y hoy he hablado con ella. «El regalo que quiero es que admitas a Paloma como hija tuya que va a ser; que la iguales a la que acaba de casarse conmigo; que le abras tus brazos y tu corazón.»

Paloma (*con ansiedad*).—Y ella...

Mario.—Ella es una santa, y es madre, y adora a sus hijos. No me costó gran trabajo convencerla. Mañana por la tarde la espera a usted para darle un abrazo.

Paloma.—¡Dios mío, qué felicidad tan grande! ¡Y Alberto que nada me ha dicho!

Mario.—Porque no lo sabe todavía. Hace un rato que hablé con mamá. Pensábamos decírselo a él cuando vaya a cenar esta noche.

Paloma.—Antes de eso le veré yo. ¿Podré comunicárselo?

Mario.—¿Por qué no? Mi deseo era que usted lo supiese cuanto antes, y que lo supiera por mí mismo para lograr su perdón de esta manera.

Paloma.—¿Mi perdón? Por Dios, Mario, no diga usted eso; si es usted el que tiene que perdonar, en todo caso... (*En un arranque de sinceridad.*) Es más, en este momento de alegría tan grande para mí, la mayor de mi vida, he de decir a usted una cosa: si no quisiera a Alberto, sólo hubiera podido quererle a usted.

Mario (*hondamente conmovido*).—Gracias, Paloma, gracias. Como hermanos nos querremos ahora.

Paloma.—¡Eso sí! (*Tendiéndole ambas manos, que él estrecha con efusión.*)

Mario.—Adiós, Paloma. Que sea usted muy feliz; tan feliz como yo la deseo.

Paloma.—Gracias, Mario. Con toda mi alma, gracias. (*Vase Mario por el foró. Paloma se pasa una mano por la frente.*) Dios mío, si me parece un sueño...

(*Aparece Cleofé por la puerta lateral.*)

Cleofé.—Ahora me ha tocao a mí escuchar detrás de la puerta.

Paloma.—¡Ay, madre! ¿Lo ha oído usted?

Cleofé.—¡Calcula! Sin perder una letra. ¿Ves cómo tenía yo razón? ¡Y el lipendi de don Oscar mintiendo con ese descaro!

Paloma.—Pero, ¿qué es lo que podría proponerse?

Cleofé.—¡Toma! Quemar el último cartucho. ¿No lo comprendes? Si con lo que él ha dicho riñes hoy con tu novio, le queda el campo libre... ¡Y que a un senador del reino se le ocurran estas cosas!

Paloma.—Parece mentira.

Cleofé.—Una cosa le disculpa: que el hombre está que babea por ti. Como éste, por supuesto. (*Por Mario.*) Como el otro. (*Por Alberto.*) ¡Hija, eres un hacha destrozando vísceras!

Paloma.—¡Me va a dar una vergüenza cuando vaya mañana! Por más que no me debe dar, ¿verdad, madre? Vendrá a buscarme Alberto para que vayamos juntos. ¿Me pondré el vestido azul, de foulard? No; será mejor el negro, ¿verdad, madre?

Cleofé.—Chica, ponte el que quieras; si eso es lo de menos.

Paloma.—Sí, sí; el negro, el negro... Y mi velito... No; sin velo. Y me abrazará, y la abrazaré, y me llamará hija, y yo la diré madre, y acabará queriéndome más que a todos, y algún día dirá: «Pero, ¿por

qué habré tardado tanto en dejar que venga a mi casa esta criatura?»

Cleofé (*sonriendo*).—Hija, vuelas más que tu novio. ¡Pues no haces tú pocos castillos en el aire! Aterriza, aterriza ya. Y ahora sí que me voy a entregar las pelucas. Dale a tu novio un tirón de orejas de mi parte. (*Entra al interior un momento y se va en seguida por el foro, llevando en la mano un paquete.*)

Paloma (*arrodillándose ante la Virgen*).—Virgencita mía, gracias, muchas gracias...

(*Permanece arrodillada unos instantes. Ha anochecido casi por completo. Comienzan a oirse, a lo lejos, las voces de los vendedores de periódicos. Poco a poco se van aproximando hasta oirse claramente una voz*):

Voz.—¡El *Heraldo*, con la desgracia de Cuatro Vientos!

(*Paloma se levanta despavorida y da unos pasos por la escena, llevándose las manos al corázón, tapándose con ellas el rostro, aterrada.*)

Paloma.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

(*Aparece por el foro Cleofé, con un periódico en la mano. Al ver a Paloma deja caer el papel al suelo.*)

Cleofé.—¡Hija!

Paloma.—¡Madre! ¿Es él?

Cleofé.—No... No sé... ¡Por Dios, tranquilizate!...

Paloma.—¡Ay, madre, yo quisiera morirme!

(*Cae desvanecida sobre una silla.*)

Cleofé (*acudiendo a sostenerla*).—¡Paloma! ¡Hija! ¡Paloma!

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Salón lujoso en casa de los Pedraza de Avellanosa. Juana y Petra, doncellas, preparan un maletín. Román, criado antiguo, con patillas canosas, entra por la derecha.

Román.—Vamos, pronto, que el señorito aguarda.

Juana.—Lo mío ya está.

Petra.—Y lo mío también. Sólo falta cerrar el maletín.

Román (*entregando a Petra un paquete que lleva en la mano*).—Toma, mete esto que acaba de darme el señorito.

Petra.—¿Lo ve usted? Si lo hubiese cerrado, perderíamos tiempo abriéndolo ahora.

Román.—Anda, anda, bachillera. Termina pronto.

Petra (*cerrando el maletín*).—Ya está. ¿Lo bajamos al auto?

Román.—No, traed.

Juana.—Nosotras podríamos...

Román (*remedándola*).—Nosotras podríamos... Ya lo sé. Pero no quiero. He de ser yo quien lo haga.

Juana.—Como usted quiera...

Petra.—Un trabajo menos.

Román.—Si sabremos todos lo que son estas cosas... Pero ¿cuándo os convenceréis de que el chofer de ahora es casado?

Petra (*muy digna*).—Ay, no, señor; eso no tiene nada que ver. Es usted muy escamón, Román.

Román.—¡Sí, sí, escamón! Lo que voy siendo es viejo. ¡Y os conozco!

Juana.—Nosotras lo decíamos por cumplir nuestra obligación.

Petra.—Y por ahorrarle a usted esa molestia.

Román.—Pues ya lo sabéis. Es casado. Y la mujer, mucho más guapa que vosotras.

Juana.—Mejor para ella.

Petra.—Y para él.

Juana.—No se crea usted que nosotras necesitamos buscar a los hombres.

Petra.—Nos sobran los pretendientes así.

Román.—Más valía que trajéseis el secreter del pobre señorito Alberto, que ya sabéis que dijo la señora que quiere ponerlo en este salón.

Petra.—Ay, no, señor. Para los trabajos de fuerza están los criados.

Román.—¡Ya! Y el cargar con una maleta ¿no es trabajo de fuerza? Cuando yo digo... (*Vase foro con la maleta.*)

Juana.—Este Román es un impertinente.

Petra.—¿Y será verdad eso que dice?

Juana.—¿Lo del chofer? Puede que sí.

Petra.—¡Qué lástima! ¡Tan buen muchacho como parecía!

Juana.—Vámonos, que vienen los señores.

(*Vanse Petra y Juana por la izquierda. A poco aparece por el foro Don Oscar y Adelina, mujer de Mario.*)

Don Oscar.—No puedo remediarlo; las despedidas me emocionan siempre. «Despedirse es morir un poco», ha dicho un poeta. Y es una gran verdad. Los poetas suelen decir grandes verdades. Poeta, vidente... Claro que a veces dicen grandes tonterías.. «Despedirse es morir un poco.» Una gran verdad. Y bien dicha; muy bien dicha. ¿No te parece a ti lo mismo, Adelina?

Adelina.—Claro que sí, tío. Pero en este caso no hay motivo para emocionarse. Esta despedida casi no merece el nombre de tal. Mario va a buscar a mamá y vuelve en seguida. Mañana estarán aqui.

Don Oscar.—Cierto, certisimo, Adelina. Mario, tu esposo, mi sobrino, tiene el propósito de regresar dentro de veinticuatro horas. ¿Lo realizará? Es de creer que sí. Pero ¿y si sobrevine un accidente? ¡Ah! Esta es la cuestión, que dice Hamlet.

Adelina.—¡Pero tío, por Dios!

Don Oscar.—Ya ves el caso de Alberto, tu pobre cuñado y sobrino mío. Ayer hizo un mes, salió de esta casa tan campechanó, despidiéndose con un «hasta luego» de nosotros. Y, sin embargo... ¡Oh! Inenarrable, monstruoso, apocalíptico.

Adelina.—Pero tío, esos casos no suelen repetirse, por fortuna. Además, que no es lo mismo. Alberto iba a exponer su vida, cumpliendo un deber; en tanto que Mario va a dar un paseo de unos cuantos kilómetros para buscar a su madre y regresar mañana con ella. No es cosa de que estemos con el alma en un hilo.

Don Oscar.—No, Adelina; no creas que yo temo, ni supongo... ¡Por Dios!... Es que se deja volar la imaginación... A veces, el tener imaginación es un inconveniente... Por cierto... ¿sabes si ha venido Don Fernandito?

Adelina.—Sí; está en la biblioteca. (*Mirando hacia la izquierda.*) Hacia aquí viene. Le dejo a usted con él.

Don Oscar.—Adiós, hija.

(*Vase Adelina por la derecha, a tiempo que aparece por la izquierda Don Fernandito, joven, «ratón de biblioteca», que usa lentes y habla con énfasis, imitado de don Oscar, a quien sirve.*)

Don Fernandito.—¿Da usted su aquiescencia, d Oscar?

Don Oscar.—Adelante, don Fernandito; ad En este momento he preguntado por usted.

Don Fernandito.—Le aguardaba en la b luengo rato ha.

Don Oscar.—Hoy trabajaremos poco. ha marchado en busca de su madre y vido las heces de amargura...

Don Fernandito.—Tal vez sea prematuro el regreso de la atribulada señora...

Don Oscar.—Soy del mismo parecer, don Fernandito. Coincide usted con mi opinión. Es usted un joven de talento. Acaece la hecatombe, logramos que mi hermana, para desimpresionarse, vaya a pasar una temporada extensa en nuestra finca de El Escorial, acompañada de dos sobrinas de su predilección, y apenas transcurrido un mes del lance luctuoso, siente nostalgia del hogar y quiere volver. Prematuro; prematuro, como usted dice.

Don Fernandito.—Es fácil que si ustedes la hubiesen acompañado allá...

Don Oscar.—¡Ah, bien! No digo que no. Pero hay cosas imposibles. Usted lo sabe, amigo don Fernandito; imposibles. ¿Cómo dejo yo mis tareas... *nuestras* tareas? Absurdo. ¿Cómo hacer que se recluya en El Escorial Adelina, que odia todo lo escurialense, desde Felipe II hasta el chocolate? Y no yendo ella ,es lógico que tampoco vaya su marido. En fin, vamos a lo nuestro. Trabajemos. Pero antes, ¿ha efectuado usted mi encarguito?

Don Fernandito.—¿El de...?

Don Oscar.—Sí, el de...

Don Fernandito.—No faltaba más. Las indicaciones de usted, don Oscar, son órdenes para mí.

Don Oscar.—Yo comprendo que no está enteramente dentro de nuestros habituales trabajos, de nuestras investigaciones consuetudinarias; pero, vamos...

Don Fernandito.—¿Quiere usted callar, don Oscar? Usted es el maestro, al que hay que obedecer siempre, porque sus órdenes siempre encierran enseñanzas. ¡Si viera usted qué de cosas he aprendido en mis cabildeos por el Madrid antañón!

Don Oscar.—Pintoresco, ¿verdad? Muy pintoresco.

Don Fernandito.—Unas locuciones interesantes, características: «Pa mí que nieva.» «Eres un hacha.» «Pal gato.» «Que te crees tú eso.» «Huy, toma, huy, dale.»

Don Oscar.—Pintoresco... Muy pintoresco... Pero al grano, al grano. ¿Ha logrado usted ver a...?

Don Fernandito.—No, señor; a ella no, a su madre.

Don Oscar.—¡Oh, la famosa doña Cleo! Una mujer verdaderamente eutrapélica, ¿verdad?

Don Fernandito.—Eutrapélica y con un geniazo...

Don Oscar.—Pero, en resumen...

Don Fernandito.—En resumen: Paloma... ¡Qué poético nombre el de esta muchacha!...

Don Oscar.—¡Oh, pues si la viese usted a ella!... Decía usted que Paloma...

Don Fernandito.—Está mejor de su dolencia. La fiebre cerebral de que fué acometida a raíz de la desgracia, ha remitido. Hace unos días puede abandonar el lecho. Se encuentra, en suma, en período de franca convalecencia.

Don Oscar.—Bien. Muy bien. Y dígame, don Fernandito, ¿ha realizado usted sus investigaciones a cara descubierta, o de incógnito?

Don Fernandito.—De riguroso incógnito. Lo he considerado preferible. Hay más libertad de acción de esta manera. Me he valido de un ardid ingenioso. Aprovechando la circunstancia de ser doña Cleo profesora de belleza...

Don Oscar.—¿Ha ido usted a que le ondule el cabello?

Don Fernandito.—¡No, por Dios! La he confiado el arreglo de mis manos. (*Mostrándoselas.*) Vea usted qué uñas, don Oscar.

Don Oscar (*después de calarse los lentes*).—Espejeántes, en efecto.

Don Fernandito.—Yo no podía imaginar que se hicieran tantas cosas con las uñas... Herramientas, ungüentos, frotaduras... ¡un horror! Claro que antes yo me las cortaba de vez en cuando, y hasta me las limpiaba casi todos los días. Pero de eso a convertirlas en estas preciosidades...

Don Oscar (*sonriente*),—Y mientras doña Cleo manipula con el polisoir...

Don Fernandito.—Yo la sonsaco.

Don Oscar.—Ingenioso, muy ingenioso.

Don Fernandito.—De este modo he sabido cuanto he comunicado a usted. La grave enfermedad de Paloma; sus dolorosos delirios pensando en el muerto adorado; el alivio gradual; la convalecencia...

Don Oscar.—Dentro de dos o tres días haré mi presentación. En plena enfermedad no hubiera sido pertinente. Y después, ya veremos. La oportunidad y la audacia pondrán el resto. «Audaces, fortuna juvat», que dijo el clásico.

Don Fernandito (*soñador*).—¡Paloma! ¡Qué nombre tan poético!

Don Oscar.—Y ahora, a trabajar, don Fernandito.

Don Fernandito.—Sí, señor; a trabajar.

Don Oscar.—¿Qué palabras ha rebuscado usted para mi léxicon?

Don Fernandito.—No muchas, porque ya comprenderá usted que las gestiones realizadas me han ocupado bastante tiempo... (*Alarga a don Oscar una cuartilla que extrae de la cartera.*)

Don Oscar.—Ya, ya me hago cargo. Veamos. (*Lee.*) «Hebdomadario.» ¡Pse! Esto es muy conocido «Tirocinio = aprendizaje.» No está mal. Esto se dice en plena Cámara y el adversario queda pegado a la pared: «Su señoría no ha llegado a iniciarse ni en el tirocinio de este asunto.» «Temulento = borracho.» ¡Hombre! Esto me agrada. Para un apóstrofe contra cualquier ministro será de mucho efecto: «¡Dijérase que su señoría se halla en el paroxismo de la temulencia!» Admirable, don Fernandito; le felicito a usted.

Don Fernandito.—Yo, por lo menos, procuro esmerarme...

Don Oscar.—Lo procura usted y lo consigue, ciertamente. Queda otro vocablo: «Tolanos = los cabellos cortos de la nuca.»

Don Fernandito.—Lo que vulgarmente llaman las mujeres «los abuelos».

Don Oscar.—¡Magnífico! Claro que esto no es para dicho a un ministro; pero en una frase galante, en un

madrigal versallesco... «En los rizos de tus tolanos se ha enredado mi corazón.» ¿Eh? Pienso decírselo a Paloma en la primera oportunidad. Vamos, vamos a la biblioteca a proseguir nuestra labor. «En los rizos de tus tolanos se ha enredado mi corazón.» Es una frase digna de un poeta. ¿Se atrevería usted a ponerla en verso, don Fernandito? Y eso que, en mi opinión, la forma poética está llamada a desaparecer... (*Vanse izquierda. Queda unos instantes sola la escena. Después entra por el foro Román, seguido de Juana y Petra, que llevan un pequeño secreter.*)

Román.—Cuidado, mucho cuidado. No tropeceis con el quicio de la puerta. Ni con los muebles. Así: bien. Arrimadlo un poco más. Perfectamente. Ya está.

Juana.—No dirá usted que no somos complacientes.

Petra.—Bastante más que usted con nosotras.

Román.—Sois buenas chicas. En recompensa, os voy a decir una cosa.

Juana y Petra.—¿El qué?

Román.—Que Ricardo el chofer no es casado.

Juana.—¡Ya me lo parecía a mí! Me mira siempre de una manera ese chico...

Petra.—Ay, hija, te mirará como a las demás.

Juana.—O con más gusto que a las demás.

Petra.—No sé por qué ha de ser eso.

Román.—¡Vamos! A callar, o lo caso de nuevo. (*Entra Adelina por la derecha.*)

Adelina.—¿Qué sucede?

Román.—Nada, señorita: es que habíamos traído el secreter del pobre señorito Alberto, como mandó la señora. ¿Le parece a la señorita que está bien colocado ahí?

Adelina.—Supongo que sí... La señora quería que estuviese en esta habitación. Mañana, cuando ella venga, dirá si está a su gusto.

Román.—¿Manda algo más la señorita?

Adelina.—Nada, Román; pueden ustedes retirarse. (*Vanse los tres criados por el foro. Adelina se sienta en*

un sillón y toma un libro, comenzando a leer. A poco entra por el foro Paco, el hermano pequeño de Mario, que es un pollo completamente «bien».)

Paco.—Hola, cuñadita. Muy solitaria estás.

Adelina.—Ya ves... Mario se fué hace un rato a buscar a vuestra madre. Estuvo esperándote hasta última hora para que le hubieras acompañado.

Paco.—Pero si ya sabe que no podía ir... Es que Mario no se hace cargo de las cosas... Yo no puedo faltar de Madrid. ¡Figúrate la cara que pondría María Luz!

Adelina.—Sin embargo, por un día que dejases de verla...

Paco.—En un día pueden birlármela. Una muchacha como ella, bestialmente bonita, y con un padre como el suyo, que tiene una burrada de millones... Calcula si estará solicitada.

Adelina.—Veo que eres más práctico que tu hermano Alberto.

Paco.—El pobre Alberto era un visionario. No vivía en este mundo. ¡Pues no es nada, casarse con una hambrienta en estos tiempos! ¡Con lo caras que están las medias de seda!

Adelina.—Nada, que no eres partidario del «contigo pan y cebolla».

Paco.—¡Quita, quita! Contigo jamón y automóvil. Y aún así, es un héroe el que se casa. (*Pequeña pausa.*) Ya he visto que han traído aquí el secreter de Alberto.

Adelina.—Sí; tu madre había encargado que así se hiciera, y como mañana va a venir... No sé qué objeto tendrá el traslado, pero ella lo había dicho...

Paco.—Cosas de mamá. Como suele estar siempre en esta habitación, quiere tener delante de los ojos el mueblecito para que le recuerde a todas horas... lo que ya no tiene remedio. Por cierto que yo quería pedirte un favor, Adelina.

Adelina.—¿Un favor?

Paco.—Sí; relacionado con ese mueble precisamente.

Adelina (*sorprendida*).—¿Con ese mueble? Pues tú dirás.

Paco.—Claro que esto que voy a decirte debe quedar entre nosotros... Si no tuviese contigo tanta confianza como si fueras mi hermana... Más que con Mario, en realidad; porque él, si a mano viene, no se haría cargo...

Adelina —Pero sepamos de qué se trata. Me has hecho entrar en curiosidad.

Paco.—Después de todo, no tiene importancia... Cosas de muchacho... Yo soy muy joven... El año pasado era más joven todavía...

Adelina.—Esa es una verdad digna de Pero Grullo.

Paco.—Lo digo porque fué el año pasado cuando sucedió... Mucho antes de pensar en María Luz tuve un amorío, un devaneo con una... La Libélula, ¿sabes?, una de varietés...

Adelina.—¡Ya!

Paco.—Muy mona, eso sí: pero gastadora, exigente, insaciable... Mamá me daba poco dinero. Algunos ahorrillos que yo tenía se consumieron a las primeras de cambio... Necesité una cantidad de cierta consideración... Tuve que acudir a un usurero...

Adelina.—¿Y te dió lo que necesitabas?

Paco.—Me dió algo...

Adelina.—¿Pero cómo, si no podías ofrecerle garantias?

Paco.—Ni ofrecerle garantías ni contraer obligaciones. Tenía veinte años. Me dijo que si yo declaraba bajo mi firma que era mayor de edad, me entregaría el dinero.

Adelina.—¡Qué infamia!

Paco.—Era la única garantía que podía ofrecerle: mi deseo de no ir a presidio si no devolvía la suma. Excuso decirte que los intereses fueron fabulosos: por tres mil pesetas me obligaba a pagar seis mil.

Adelina.—Y tú...

Paco.—Firmé. Además del documento en que declaraba ser mayor de edad, se quedó con mi cédula,

raspada y enmendada por mí... Una falsedad en toda regla.

Adelina.—¡Qué disparate!

Paco.—Yo estaba loco: me obsesionaba la idea de verme en posesión del dinero... Firmé cuanto quiso aquel hombre... Y cuando las pesetas se acabaron, que fué muy pronto, comprendí la enormidad que había hecho. Me esperaba el presidio... o la vergüenza de decírselo a mamá. Figúrate qué disgusto para ella.

Adelina. —¡Calla, calla, por Dios!

Paco.—Tuve que confesárselo todo al pobre Alberto. Él era bueno y me quería. Me riñó como lo hubiera hecho un padre, y pagó la deuda, recogiendo aquellos documentos. Pero no quiso destruirlos, ni entregármelos: los retuvo en su poder, como rehenes de mi buen comportamiento futuro. Y ahí están. Lo más lógico es que mamá, un día u otro, abra el mueble y descubra lo que no necesita saber. Yo quisiera evitar este disgusto para ella... y este bochorno para mí.

Adelina.—Has debido decírselo a Mario.

Paco.—Tienes razón: pensé hacerlo, pero no me atreví. No sé: parece que tú me inspiras más confianza.

Adelina.—El caso es que yo no tengo la llave...

Paco.—La tendrá Mario... ¿No te ha dejado sus llaves al irse?

Adelina.—Suele tenerlas en la mesa de noche... Voy a ver. (*Vase por la derecha y vuelve a los pocos instantes.*) Aquí están. Probaremos, por si está entre ellas...

Paco.—Pero antes de nada, ¿tú no crees que hago bien, Adelina? Se trata de evitarle a mamá un disgusto inútil.

Adelina.—Y de evitártelo a ti también, ¿no es eso?

Paco.—Bien, sí, claro. Pero ya comprendes...

Adelina.—Comprendo que tienes razón, y por eso accedo a tus deseos.

Paco.—Gracias, Adelina; muchas gracias.

Adelina (*después de probar varias llaves*).—Esta parece que abre. Sí. Ya está. Ahora falta que lo encontremos. ¿Tú sabes en qué departamento lo guardaba?

Paco.—No, eso no. Habrá que buscarlo.

Adelina (*buscando*).—Aquí hay un paquete de papeles... No; son cartas de... la pécora esa. No puedo remediarlo, pero me pongo de mal humor cada vez que la recuerdo. ¡Pensar que a Mario también le tuvo vuelto el juicio!...

Paco.—Eso ya pasó; de sobra lo sabes.

Adelina.—Ya pasó; pero donde hubo fuego...

Paco.—Mira, a ver si en ese otro legajo...

Adelina.—Veamos. Las notas de cuando estudiaba el grado de bachiller. El real despacho. Era muy cuidadoso el pobre.

Paco.—¡Oh! Mucho.

Adelina.—Aquí está. «Papeles de Paco.» (*Mostrando un sobre.*)

Paco.—¿A ver? Sí, éstos son. ¿Ves? La cédula enmendada, el pagaré, y dos cartas angustiosas que le escribí al Matatías aquel... Gracias, Adelina, muchas gracias. No sabes cuánto te lo agradezco. Ya podemos cerrar, si te parece.

Adelina.—Espera. Este sobre dice: «Disposiciones para el caso de que me ocurra una desgracia.»

Paco.—¿Está cerrado?

Adelina.—No, míralo. Abierto.

Paco.—Pues veámoslo. Tal vez hemos debido leerlo a raíz del accidente.

Adelina (*después de leer para sí*).—¡Pero si es un testamento a favor de esa mujer!

Paco.—¡Como!

Adelina (*leyendo*).—«Dejo todos mis bienes, como única y universal heredera, a favor de mi prometida esposa, la señorita María de la Paloma Díaz y Ramírez, única mujer a quien he querido de veras.» ¿Y este papelucho puede tener valor legal?

Paco.—¿A ver? (*Examinándolo.*) Es un testamento ológrafo en regla. Tiene validez.

Adelina.—¿Y consta su existencia en algún Registro... en alguna parte?

Paco.—No; eso no. Los testamentos ológrafos, no se protocolizan hasta después de muerto el causante.

Adelina.—¿Estás seguro?

Paco.—¡Figúrate! Me han suspendido tres veces en Derecho civil...

Adelina.—Pues esto no puede ser; no quiero yo que sea.

Paco.—¡Demonio! Cuarenta mil duros que nos birla la prójima... Una pochez.

Adelina.—Lo de menos es el dinero. Es que esto equivale a meterla en casa, a tratar con ella, a tenerla delante de mí, como si no fuese mi constante pesadilla...

Paco.—Pero ¿por qué?

Adelina.—¿No lo comprendes? ¿Olvidas que Mario la quiso furiosamente..., que tal vez la quiera todavía? Si Alberto hubiese vivido, era otra cosa. Pero ahora, sin freno ni recato...

Paco.—Eso no, Adelina; yo no creo a Mario capaz... ni a ella tampoco... Pero, caramba, esos 40.000 duritos...

Adelina (*con resolución*).—Mira, Paco; es preciso que este papel desaparezca.

Paco.—Yo.., si tú lo crees así...

Adelina.—Piensa en ese dinero, cuya mitad será tuya más pronto o más tarde...

Paco (*vacilando*).—Pero al destruirlo, cometemos una mala acción... un verdadero delito. A lo mejor, puede saberse...

Adelina.—¿Pues no dices que esto no consta en ningún sitio?

Paco.—Eso no tiene que ver. Alguien pudiera saber que existe el testamento...

Adelina.—Aunque así sea. Tu hermano pudo romperlo antes de morir.

Paco.—Indudablemente.

Adelina.—Pues supongamos que lo rompió. (*Bre-*

ve pausa.) Lo que ocurre es que tú no estás seguro de lo que dices.

Paco.—No es eso, Adelina; no es eso.

Adelina.—Por si acaso, mejor será dejarlo. Y que venga esa niñita, con sus manos lavadas, a llevarse el dinero.

Paco.—¡Caracoles, los 40.000 duritos!... Espera, espera: no cierres.

Adelina (*Cerrando*).—¡No faltaba más! Para que digas que yo trato de cometer un crimen...

Paco.—Pero Adelina, yo no he querido decir...

Adelina.—Nada, nada: dejemos que haga su negocio esa embaucadora... Porque no es más que una embaucadora, una aventurera... (*Paco le coge las llaves.*)

Paco.—Dices bien. Trae acá. Verás qué pronto. (*Quema el testamento en una flama de encender cigarros que habrá sobre un velador.* (¿Ves? Sólo quedan pavesas.

Adelina (*aventándolas*).—Ni pavesas. Como si tal cosa. Y de esto, por Dios, Paco, ni una palabra a nadie.

Paco.—¿Quieres callar? No faltaba más... ¿Nos habrá oído alguien?

Adelina.—No lo creo. El tío Oscar está en la biblioteca, abstraído. Los criados, por allá dentro. Como tú no lo charles...

Paco.—Qué cosas tienes, Adelina... Ni que fuese un chiquillo...

Adelina.—Además, que tanto hemos hecho el uno como el otro...

Paco.—Y aunque así no fuese, mujer... ¿Has oído? Parece que hablan en el vestíbulo...

Adelina.—Pues silencio. (*Se sientan, tomando actitudes de indifereneia. Entra por el foro Román.*)

Román.—Señorita...

Adelina.—¿Qué sucede, Román?

Román.—Ha venido... Acaba de venir...

Adelina.—¿Quién?

Román.—No sé cómo decirlo.. La novia del pobre señorito Alberto.

Adelina (*sorprendida, asustada*).—¡Paloma!

Román.—Eso es: Paloma... la señorita Paloma.

Adelina.—¿Y qué quiere?

Román.—Pregunta por la señora: ya la he dicho que no está en Madrid; ella dice que volverá...

Adelina (*en voz baja a Paco*).—¿Qué hacemos?

Paco.—No recibirla. (*Movimiento de Román hacia la puerta.*)

Adelina —Yo creo lo contrario. Espere usted, Román.

Román.—Mándeme la señorita.

Adelina.—Dígala usted que pase. (*Vase Román por el foro.*)

Paco.—¿Qué falta nos hace verla?

Adelina.—Déjalo, es mejor. Tal vez sepa algo de eso... Así veremos cuál es su actitud.

Paco.—Pues yo me voy.

Adelina.—Como quieras. (*Vase por la derecha Paco. Adelina adopta una actitud de estudiada indiferencia para recibir a Paloma, que entra por el foro.*)

Paloma.—Con el permiso de usted... (*Se echa a llorar.*) Dispénseme usted.... He estado muy enferma; aún estoy débil... Apoyándome en el brazo de mi madre, he podido subir la escalera... Además, es tan grande mi dolor... (*Llora.*)

Adelina.—Tranquilícese. Siéntese, si gusta.

Paloma.—Muchas gracias. (*Se sienta. Adelina está de pie, como para hacer más breve la entrevista.*) Ya me ha dicho el criado que no está la señora...

Adelina.—En efecto: mamá se ausentó de Madrid a raíz de la desgracia, y no ha regresado todavía.

Paloma.—Ya vendré más adelante a saludarla.

Adelina.—No sabemos cuándo estará de vuelta.

Paloma.—¡Ah! Creí que ya pronto...

Adelina (*habla siempre con correcta frialdad*).—No, señora. Y no sabemos lo que estará fuera todavía: seis meses... ocho,.. un año, tal vez.

Paloma.—¡Tanto tiempo!

Adelina.—Repito que no lo sabemos exactamente. En todo caso, si usted quiere algún recado para ella...

Paloma.—No, recado no. Deseaba tan sólo saludarla.

Adelina.—Pues yo la escribiré que ha tenido usted la atención de venir. Ella lo agradecerá mucho, seguramente.

Paloma.—Además, algunas veces me decía Alberto que si le sucedía una desgracia, no dejara de presentarme aquí para pedir un recuerdo suyo.

Adelina (*alarmada*).—¿Un recuerdo suyo? Explíquese usted. ¿Qué clase de recuerdo?

Paloma.—No lo sé. Esto es lo que él me decía. Yo procuraba desviar la conversación: me aterraba pensar que pudiera suceder... lo que ha sucedido. Por eso no sé más. Pero tal vez se encuentre algo entre sus papeles...

Adelina (*secamente*).—No, señora. No se ha encontrado nada referente a usted. Se la hubiera avisado, si así fuese. Esto no obstante, yo se lo diré a mamá, para que envíe a usted algún recuerdo de su hijo.

Paloma.—Se lo agradeceré con toda mi alma. También deseaba yo darle las gracias por lo buena que fué conmigo... Momentos antes de conocer la catástrofe, supe que la señora sancionaba mi boda, y se avenía a recibirme... Dios no quiso que se realizase este propósito, pero desde entonces tengo deseos de besar la mano de la señora.

Adelina.—En efecto: ella había accedido por fin... Lo que no me explico es cómo lo supo usted... El pobre Alberto no llegó a conocer esta decisión de su madre...

Paloma.—No, no; yo no lo supe por Alberto...

Adelina.—¿Pues entonces?...

Paloma (*ingenuamente*).—Lo supe por Mario.

Adelina (*encrespada*).—¿Por Mario? Ignoraba yo que se veían ustedes.

Paloma.—No, si no nos veíamos... Estuvo un momento, exclusivamente a decírmelo...

Adelina (*con ironía agresiva*).—¡Qué casualidad!

Paloma —Pero... ¿qué es lo que usted cree?... ¿Sería usted capaz de suponer...?

Adelina.—Yo no creo nada ni supongo nada. Pero es demasiado grande la osadía de usted presentándose en mi casa para decirme eso.

Paloma (*desconcertada*).—Pero, Dios mío, si yo... (*Adelina toca un timbre. Petra aparece por el foro.*)

Adelina (*a Petra*).—Acompañe usted a esa... mujer hasta la puerta.

Paloma.—¡Dios mío! ¡Me echa usted! ¡Me echa de esta casa... de la casa de Alberto!... (*Llora amargamente y se deja caer sobre una silla. En este momento sa oye un alboroto interior; y aparece Román, tratando de oponerse a la entrada de Cleofé.*)

Adelina.—¿Qué sucede?

Román.—Señorita, esta mujer que se empeña en entrar.

Cleofé.—Este tío patillas, que no me deja que pase.

Paloma (*corriendo hacia Cleofé*).—¡Madre!

Cleofé.—¿Pero estás llorando? Ya me parecía oirte llorar desde el recibimiento. Por eso he entrado a buscarte.

Paloma.—Vámonos, madre. Vámonos de esta casa.

Cleofé.—Pero ¿qué te ha ocurrido? ¿Por qué llorabas? ¿Qué te han hecho?

Paloma.—Ya se lo explicaré. Vámonos. Sólo he de decir una cosa. (*A Adelina.*) Eso que usted ha insinuado, es una infamia, una infamia muy grande. Por mi salvación eterna, lo juro.

Cleofé.—Pero ¿qué es lo que te han dicho? Porque yo estoy dispuesta a faltarle al respeto al que te ha hecho llorar. ¿Quién ha sido? ¿La señorita del Pan Pringao? ¿O don Estantigua, por un casual? (*Señalando a don Oscar, que asoma por la izquierda.*)

Don Oscar.—Un momento, doña Cleo. Paloma sabe que yo no he intervenido para nada en el suceso

lamentable. Palabra de honor. Llegaba ahora, atraído por el tráfago de la polémica.

Cleofé.—¡Hable usted claro, hombre de Dios!

Don Oscar.—Hablaré claro. Y diré que algo se me alcanza de lo acaecido, por lo que pude colegir. No; no tienes razón, Adelina, al increpar a esta joven como lo has hecho, ofendiéndola, vejándola, con suspicacias totalmente absurdas.

Adelina (*amargamente*).—Nunca creí que me desautorizase usted de esta manera.

Don Oscar.—Te desautorizo porque es justo, porque en conciencia debo hacerlo. Ya que no por otras razones, por compasión, no has debido maltratar a esta criatura, que merece nuestros respetos por lo mucho que ha sufrido, por lo que sufre todavía... ¡Y llegar al extremo de arrojarla a la calle!...

Adelina.—Es que si ella no se va, seré yo la que salga.

Don Oscar.—Está bien. Paloma saldrá de esta casa. Pero con la frente muy alta, como ella merece. ¿Está esto claro, doña Cleo?

Cleofé.—Parece que sí.

Don Oscar.—Para realizarlo de la manera más rotunda, aquí está mi brazo, el brazo de un caballero, en el que se apoyará, si quiere.

Adelina.—¡Tío, por Dios! Pero ¿qué locura es esta?

Don Oscar.—No es locura, sobrina. ¿Lo acepta usted, Paloma?

Paloma (*después de breve vacilación: resuelta*).—Lo acepto.

Adelina.—¡Pero tío!

Don Oscar (*a Paloma*).—Vamos cuando usted quiera. (*Salen por el foro Paloma y don Oscar, del brazo.*)

Cleofé (*desde la puerta del foro, saliendo en pos de ellos*).—Ya estoy viendo a mi hija senadora... ¡Y al que le pique, que se rasque!

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete de paso en casa de Don Oscar. Puertas a la izquierda y a la derecha; ésta se supone comunica con el vestíbulo o recibimiento; otra puerta al foro. Pascasia, colocadora de amas de cría, sentada; Pepe, criado joven, de pie ante la puerta del foro, que está cerrada.

Pepe.—Y qué, ¿coloca usted muchas amas ahora?

Pascasia.—Más que hubiera, hijo. Lo malo es que en esta época vienen pocas. Hay días que bajo a la estación, y me vuelvo sola. Una pena, hijo, una pena.

Pepe.—Parece que me llaman. (*Vase por el foro, y vuelve a los pocos momentos.*) Dice el señor doctor que pase otra.

Pascasia (*se levanta, y se asoma a la puerta de la derecha*).—A ver, tú, Bastiana. (*Aparece Bastiana, que es el prototipo de la nodriza bruta y zafia.*) Muévete, mujer, que nunca sales de tu paso. Por esa puerta. (*Señalando la del foro.*) Anda, hija. (*La empuja, haciéndola entrar en la habitación inmediata.*) Se aturden las pobres. La que más y la que menos, no ha salido de su aldea en toda su vida. Esta misma, sin ir más lejos. Cuidando vacas en un monte, sin ver persona humana desde edad de diez años.

Pepe.—¿Sin ver persona humana?

Pascasia.—Ni por un casual, hijo.

Pepe.—Y, sin embargo, viene a criar a la Corte.

Pascasia.—Bueno; es un decir, hijo. Dios quiera que les guste. Es buena chica, y criará muy bien.

Pepe.—Dificilillo de contentar es el médico. Es muy sabio. Pero es muy bruto. Y como no le entren por el ojo derecho... Eso sí: las reconoce a conciencia. Las escucha, las mira, las examina, deteniéndose, como es natural, en la... cuestión palpitante... Cuando alguna merece la pena, me hago el loco y me quedo dentro. Ración de vista, pero algo se pesca.

Pascasia.—Pues ahora no te has quedao, hijo.

Pepe.—Por eso digo que cuando merece la pena. Creo que llaman. (*Vase foro, y vuelve a salir en seguida.*) No le gusta a la señorita, por el tipo. La señorita tiene mucha razón. Que pase otra mejor presentada.

Pascasia.—También las tengo de buen tipo. (*Se asoma a la derecha, como antes.*) Lolita, hija, has favor. (*Entra Lolita, muy linda y pizpireta, bien vestida y bien calzada.*)

Pepe.—¡Vaya nodriza! (*Muy solícito.*) Por aquí, por aquí. (*Abre la puerta del foro, deja pasar a Lolita, y pasa él después, quedándose dentro.*)

Pascasia.—¡Claro! Ahora no sale el muy trucha. ¡Ay, señor, qué alegría tiene la gente joven!

Pepe (*sale por el foro, cariacontecido*). — Que pase otra.

Pascasia.—Pero, ¿cómo; tampoco les gusta la Lolita?

Pepe.—No les gusta, porque les gusta demasiado. Dice la señora que esto no es un concurso de cupletistas. Yo lo siento, la verdá. Y al doctor también le gustaba.

Pascasia.—¿Pero ha tenido tiempo de examinarla?

Pepe.—No, señora; pero le ha bastao con verla.

Pascasia.—¡Más buena chica y más infelizota que es! Un desliz que tuvo con el novio.

Pepe.—Los hay con suerte. En fin... Que pase otra.

Pascasia.—Vamos a ver una entreverada... (*Se asoma a la derecha.*) Gertrudis, hija, pasa tú. (*Atraviesa la escena Gertrudis, que tiene buen aspecto como nodriza, pero nada más.*)

Pepe.—Por aquí. (*Le abre la puerta del foro, pero no entra él.*)

Pascasia.—¿Tú te quedas?

Pepe.—Si no hubiera visto a la otra, todavía. Pero, fíjese usted en la diferencia.

Pascasia.—Esta les va a gustar. Buena chica; un carázter talmente angelical. Además, es casada.

Pepe (*zumbón*).—¿Por lo civil, o por lo criminal?

Pascasia.—No; es de veras, me consta. Me la recomienda un pariente mío, que vive en su pueblo. Yo me alegraría de que gustase aquí, porque esta es buena casa, ¿verdá, hijo?

Pepe.— Buena casa. La señora mayor, bastante chinche. La señorita, un ángel. El señor no se mete en nada: sus chifladuras, y en paz.

Pascasia.—¿Qué chifladuras tiene?

Pepe.—Pamplinas de discursos, o no sé qué. Es senador; muy rico. Tiene un secretario, y le paga un gran sueldo, pa que le busque palabras raras y soltarlas él luego, cuando despotrica. El otro día, porque rompí una estatua del despacho, me llamó iconoclasta. Yo me troncho de risa oyéndole.

Pascasia.—¿Y es joven?

Pepe.—No; bastante viejo. La señorita, en cambio, es una nena, ¡Y vaya mujer!... Creo que tenía un novio aviador, que se mató en Cuatro Vientos, hace dos años, o cosa así.

Pascasia.—¡Pobrecillo!...

Pepe.—Ella estuvo muy malita, de tristeza, y le faltó poco para viaductearse. Pero, por fin, se puso buena, y como el señor estaba mochales por sus pedazos, la hizo el amor, más entusiasmao que un cadete. Total, que por el aquel del agradecimiento, y porque ya no tenía remedio lo del otro, la señorita dijo que bueno, y se casaron hace un año, y ahora acaba de tener el niño. La señorita pensaba criarlo, pero dicen que no puede.

Pascasia.—Tal vez que no quiera estropearse. Y hace bien tomando nodriza, que de esta manera vivi-

mos todos. Parece que tardan. Ésta les va a gustar.

Pepe (*mirando por la cerrrdura del foro*).—Se está deteniendo el gachó con la cuestión palpitante. Casi me pesa no haberme quedao.

Pascasia.—¡Ay, Jesús, qué chico este!

Pepe (*retirándose de la puerta*).—Ya sale la señora mayor.

(*Se abre la puerta del foro, y entra en escena Cleofé. Desde que se casó su hija se ha operado en la buena señora una radical transformación. Viste con arreglo a su nueva clase, y se esfuerza por hablar con la corrección necesaria.*)

Cleofé (*a Pascasia.*).—Nada, nada; se queda; se queda.

Pascasia (*levantándose*).—Mucho me alegro, señora.

Cleofé.—Yo también. Estábamos preocupados con el asunto de la nodriza. No comíamos. No dormíamos. No vivíamos. Afortunadamente, ya está resuelto. Se queda. Se queda. Me parece que ha dicho que se llama Gertrudis.

Pascasia.—Sí, señora.

Cleofé.—No me gusta el nombre. La llamaremos Tula. Por más que Tula parece una perra... Mejor es decirle «ama», lisa y llanamente. Veamos las condiciones.

Pascasia.—Pues las condiciones, ya sabe la señora. Vestida y calzada por cuenta de los señores.

Cleofé.—Sí, es la costumbre.

Pascasia.—Y cien pesetas de sueldo.

Cleofé.—¡Cien pesetas! ¡Qué disparate! No, no; eso no puede ser.

Pascasia.—Repare la señora en lo mucho que han subido las subsistencias.

Cleofé.—¿Y eso qué importa, si soy yo quien la da de comer?

Pascasia.—Pero como ella es la que da de comer al niño...

Cleofé.—¡Caramba! Pues es verdad. Casi va usted a tener razón. En fin, no discutamos el precio. Gracias a Dios, tenemos posibles.

Pascasia.—Pues si no manda otra cosa la señora...
Cleofé.—Nada; vaya usted con Dios.
Pascasia.—Para servir a la señora; y ya sabe la señora que me tiene siempre a su disposición.
Cleofé.—Gracias, gracias. Adiós. (*Vanse por la derecha Pascasia y Pepe. Sale por el foro el doctor, que es un vejete campechano y simpático.*)
Doctor.—Creo que hemos tenido buena mano. Las apariencias, por lo menos son excelentes. Lo demás, la báscula nos lo ha de decir. Cada ocho días me llevan a casa el niño, para que lo pese.
Cleofé.—Descuide usted, doctor. ¿Cree usted necesario hacer alguna advertencia relacionada con la alimentación de la nodriza?
Doctor.—No, nada. Que coma lo que quiera. Que no se atiborre demasiado, porque las hay que traen hambre atrasada, y cogen cada indigestión que tiembla el orbe.
Cleofé.—Comprendido, comprendido. De modo que está usted satisfecho de la elección, ¿verdad?
Doctor.—Yo me hubiera quedado con la otra, pero, en fin...
Cleofé.—¿Cuál? ¿La que olía a choto?
Doctor.—No; la que entró después. ¡Qué pimpollo!
Cleofé.—¡Ah, vamos! ¡Lo dice usted picarescamente!
Doctor.—Digo que yo me hubiera quedado con ella.
Cleofé.—Se ve que es usted humorístico. (*Aparece por el foro don Oscar, muy cariacontecido y mustio.*)
Doctor.—¡Oh, el padre feliz!
Don Oscar.—Muy feliz, sí, señor; pero no me quiere bien ningún hueso. Llevo quince días sin dormir. No sé dónde tengo la cabeza. ¡Tres noches consecutivas con el chico en brazos, llorando como un becerro!
Cleofé.—Reconocerá usted que yo le ayudaba en lo posible.
Don Oscar.—Bastante tenía usted con atender a su hija. ¡Qué ataques de nervios! ¡Qué gritos! ¡Qué convulsiones! Agua de azahar por aquí, bromuro por

allá, eter sulfúrico a todo pasto. Y yo, mientras, meciendo en mis brazos a la criaturita.

Cleofé.—El angelito tiene más pulmones que Gayarre.

Doctor.—Naturaleza fuerte; complexión robusta.

Don Oscar.—A fuerza de constancia, conseguía dormirlo, y me sentaba, medio muerto, en una silla. Pero este hijo mío, que sin duda padece manía deambulatoria, no bien cesaba el movimiento volvía a gritar más fuerte que nunca... ¡Otra vez a pasearlo! ¡Y así una noche, y otra, y otra! No puedo más; no puedo más. (*Se deja caer sobre una silla.*)

Doctor.—Ahora quedará usted en la gloria. Con una buena nodriza, tranquilidad para dos años. Hasta que el chico se destete.

Don Oscar.—Hemos debido empezar por tomar ama. Si Paloma no quería criar...

Cleofé.—No podía, don Oscar, que no es lo mismo.

Don Oscar.—No quería: estoy convencido de ello.

Cleofé.—¿En qué se funda usted? Sepámoslo, don Oscar de mis pecados.

Don Oscar.—Tengo mis razones, doña Cleo de mis culpas. Paloma es una mujer saludable, en la flor de la vida; come bien, no ha estado nunca enferma...

Cleofé.—Lo estuvo, y a usted le consta, poco antes del matrimonio. Aún está débil, quebrantada... No es un capricho. El doctor lo sabe.

Doctor.—Yo sé que las señoras tienen siempre razón, y mucho más en estos asuntos. Vaya, vaya, dejo a ustedes entregados a sus pláticas de familia.

Don Oscar.—Perdone usted, doctor; la falta de sueño me tiene loco.

Doctor.—Duerma usted, que ahora puede hacerlo. Adiós. ¡Ah! doña Cleo, haga usted que frieguen al ama como si fuera un perol. Una buena jabonadura, a fuerza de estropajo. (*Vase derecha.*)

Cleofé.—Descuide usted, doctor. Ahora mismo. (*Toca un timbre. Sale Pepe por la derecha.*)

Pepe.—Mande la señora.

Cleofé.—Que venga Paula, mi doncella. (*Vase Pepe. A poco, llega la doncella.*)

Doncella.—¿Qué manda la señora?

Cleofé.—Llévese usted al ama al cuarto de baño, y lávela a conciencia.

Doncella.—Está bien.

Cleofé.—En usted confío, Paula. (*Vase doncella.*)

Don Oscar.—Pero, ¿no se llamaba Petra esta muchacha, o yo estoy trascordado?

Cleofé.—Sí, señor. Se llamaba Petra. Pero ayer se me insolentó malamente, y tuve que despedirla.

Don Oscar.—¿Y eso que tiene que ver?

Cleofé.—Como estoy convencida de que una nueva sería peor, cuando me indignan demasiado, en vez de ponerlas en la calle, las cambio el nombre. Es más práctico.

Don Oscar.—Pues debe usted cambiárselo también a la cocinera. Estos días de desbarajuste la he tomado la cuenta, y es un horror. Debe ser descendiente del Gran Capitán, el de las cuentas famosas.

Cleofé.—¿Qué, se le alivia a usted el mal humor?

Don Oscar.—¡Si no tengo mal humor! Es que esto no es casa, ni esto es vida, ni esto es arreglo. ¡Mi tranquilidad de otros tiempos, santo Dios!

Cleofé.—Es usted un egoistón, y todo le viene grande.

Don Oscar.—¡No está malo mi egoísmo! Nunca pensé que había de pagar tan caro el deseo, legítimo, después de todo, de unirme a una mujer joven y linda.

Cleofé.—El que algo quiere, algo le cuesta.

Don Oscar.—Pero esto es demasiado. Ya ve usted en qué vorágine estamos metidos. Por si esto fuera poco, ¿dónde me deja usted a su hijo, mi entrañable cuñado? Más caro me sale que el automóvil.

Cleofé.—Siempre se exagera.

Don Oscar.—Hace pocos días, la última vez que he salido, me lo encontré en la calle del Arenal. Iba él, como de costumbre, con la temulencia.

Cleofé.—Alguna cupletera de última fila. Le tiran las varietés. ¡Como tiene ese tipo! Se lo rifan.

Don Oscar.—No, señora. La temulencia no canta cuplés, aunque a veces hace cantar, y aún cosas peores. Es el efecro del zumo de la vid.

Cleofé.—¡Acabáramos! Si hablase usted en cristiano... De modo que llevaba una túnica de terciopelo... Es lo que le pierde a este hijo mío.

Don Oscar.—Marchaba junto a mí un compañero de Cámara. Sin el menor escrúpulo, el desdichado se me aproximó. Verle y cambiar de color, fué todo uno. Mi dignísimo colega debió advertirlo. Y el granuja también lo advirtió, y aprovechándose de mi aturdimiento, me sacó sesenta duros, que le di sin regateos, para librarme de su presencia.

Cleofé.—Sí, señor; este hijo mío es una desgracia, para mí.

Don Oscar.—Y para mí. Se ha acostumbrado a enviarme la factura de sus juergas, y llevo pagadas dos de los Burgaleses, tres de los Gabrieles y seis u ocho de casa Juan. Esto es ya un abuso intolerable, doña Cleo. Su niñito es una verdadera enfiteusis.

Cleofé.—Oiga, ¿eso de enfiteusis es un insulto demasiado grave?

Don Oscar.—No, señora: una enfiteusis es un censo.

Cleofé.—¡Ya! ¡Como dice usted las cosas en jeroglífico! Tiene usted razón. Yo lo reconozco; pero, ¿qué voy a hacerle? Una madre no puede renegar de su hijo, por más enfiteusis que sea. Eso sí; el día que le eche la vista encima, le voy a dar un capón que le va a parecer un pavo real.

Don Oscar.—Si con ello me deja tranquilo, ¡loado sea Dios!

Cleofé.—Todo se arreglaría con que le buscase usted un empleo para no hacer nada... Aunque sea en el Ministerio del Trabajo.

Don Oscar.—¡Imposible!

Cleofé.—Como hizo usted con Leoncio, el marido de mi otra hija.

Don Oscar.—¡Oh! No compare usted, doña Cleo. Leoncio es un hombre digno. Quiso ser torero, no pudo, se amputó la coleta, y hoy es un excelente ordenanza en el Ministerio de Fomento. Distinto es que aquí se le ayude, si lo necesita. Eso está bien. Lo otro es una sangría suelta.

Cleofé.—Pues prepare usted la cartera para el bautizo.

Don Oscar (*alarmado*).—¡Cómo! Pero, ¿qué piensa usted hacer?

Cleofé.—Echar la casa por la ventana, sencillamente. ¡Pues no faltaba más! ¡Mi primer nieto! ¡Ahí es nada!

Don Oscar.—Entendámonos... ¿Cuáles son los planes de usted?

Cleofé.—Aún no tengo ultimado el programa; pero puedo adelantar algunos detalles. Habrá unos cien invitados, más bien más que menos. El *buffet* lo encargaremos a Lhardy. (*Gestos de terror en don Oscar a cada número del programa*) Servicio de automóviles para conducir a la iglesia a toda la comitiva. Órgano y colgadoras en el templo, y alfombra hasta la calle, no hay que decir. La madrina, servidora. El padrino... (*Con misterio.*) Aún no lo sé. Es una sorpresa que me reservo hasta el instante oportno.

Don Oscar.—Pero, en número redondos...

Cleofé.—No se asuste usted demasiado. Seis o siete mil pesetas, a lo sumo.

Don Oscar (*llevándose las manos a la cabeza*).—¡Santo Dios! Pero, después de todo, se trata de mi hijo...

Cleofé.—¡Naturalmente!

Don Oscar.—En fin... Voy a ver si consigo coordinar un poco mis ideas... Tengo una conferencia esta tarde, y no sé, no sé cómo voy a salir del paso. Cuando venga don Fernandito, que pase a la biblioteca. (*Vase por la izquierda.*)

Cleofé (*sonriendo*).—Efectivamente, es su hora. (*Saca una polvera de bolsillo, y se retoca el rostro ante un espejo.*) ¡Ah! Aquí llega. (*Sale don Fernandito por la derecha, más compuesto que en el acto anterior.*)

Don Fernandito.—¿Se puede?

Cleofé.—¡Oh! Adelante, don Fernandito, adelante. Ya le echábamos a usted de menos.

Don Fernandito.—¿Tal vez me he retrasado? Lo deploro.

Cleofé.—Como es usted la puntualidad personificada...

Don Fernandito.—Me entretuve preparando los temas de hoy... Adelanta usted tan rápidamente en sus estudios, que pronto superará a su maestro.

Cleofé.—Procuro aprovechar sus lecciones, que tan necesarias son para mí. ¡Por Dios! Nada más ridículo que las personas que no saben adaptarse al medio en que viven. Gracias a usted, pobré adquirir el lenguaje y las maneras que corresponden a mi nueva clase.

Don Fernandito.—Repito que es usted una discípula de las que honran a su maestro. Aquí tiene usted los temas de hoy. (*Entrega a Cleofé unas cuartillas o un cuaderno.*) ¿Ha trabajado usted algo estos días?

Cleofé.—Casi no he tenido tiempo... Apenas he podido desarrollar alguno de los temas. Vea usted. (*Saca de un mueble otro cuaderno y se lo entrega a don Fernandito.*)

Don Fernandito (*examinándolo*).—Con su permiso. (*Lee.*) Bien... Un poquito menos de tinta al escribir no estaría mal.

Cleofé.—Con la emoción de estos días... Se conoce que se me fué la mano.

Don Fernandito.—Lo comprendo. (*Lee y comenta.*) Las Huelgas de Burgos son unas monjas. No tienen nada que ver con los movimientos obreros...

Cleofé.—Me confundí, sin duda, por la similitud de las palabras...

Don Fernandito.—Es lógico, después de todo. (*Lee, y luego comenta.*) La extracción de raíces no es sólo tarea propia de los dentistas, sino también de los matemáticos.

Cleofé.—¡Ah! ¿Sí? ¡Qué raro!

Don Fernandito.—Ya lo explicaremos otro día. En general, está bien. Estas lecciones de la vida práctica, como yo las denomino, son muy eficaces para esta labor de cultura global que hemos emprendido con tan plausible aprovechamiento. Veamos ahora los temas de francés.

Cleofé.—¡Ay! De eso sí que no he hecho nada. ¡Llevo unos días tan atareados! El niño, la elección de nodriza, la vigilancia de las domésticas... Es muy grande el quehacer de esta casa. Pero los idiomas no me preocupan. Tengo una facilidad enorme para aprenderlos. Este verano, cuando estuvimos en San Sebastián, a los ocho días hablaba vascuence: «Sardinúa frescúa; eskarrikasco; bai, bai.» Es muy sencillo. El mes que viene, cuando haya dominado el francés...

Don Fernandito.—¡Por Dios! ¡Tan pronto!

Cleofé.—Pongamos un par de meses, si usted quiere. Para entonces daremos algunas lecciones de inglés. Pienso pedirle a Oscar que nos lleve a Londres, y no es cosa de andar por las calles como unos isidros. Pero no olvidemos lo principal. ¿Redactó usted las invitaciones para el bautizo?

Don Fernandito. — Hasta que no sepamos con exactitud la fecha...

Cleofé.—Es que quiero que tengan un estilo brillante. Salirnos un poco del laconismo habitual. Usted hará, de fijo, una maravilla.

Don Fernandito (*un tanto desconcertado*).—Yo..., francamente... No sé si acertaré.

Cleofé.—Todo es que se lo proponga. También me ayudará en la tarea de enviarlas. He de pedirle a usted algunos consejos.., (*Con cierta confusión.*) Por ejemplo..., ¿cómo hay que invitar a Sus Majestades?...

Don Fernandito (*estupefacto*).—¿A Sus Majestades?... ¡No, señora!

Cleofé.—Sin embargo, yo creía... A veces he leído en la Prensa que asisten a bautizos, y hasta que el Rey apadrina a algún neófito...

Don Fernandito.—Pero es en casos excepcionales, tratándose de familias de la Grandeza...

Cleofé.—Yo pensé que como mi yerno es senador...

Don Fernandito.—No basta, doña Cleo: no es bastante.

Cleofé.—Bien, bien. (*Cariacontecida.*) Habrá que ir pensando en otro padrino. Ahora, vamos a ver usted. ¿Se ha pulido las uñas estos días?

Don Fernandito (*escondiendo las manos, avergonzado*).—No... La verdad, no tuve tiempo.

Cleofé.—¡Lo temía! Traiga usted acá esas uñas, hombre de Dios.

Don Fernandito.—No olvidemos que don Oscar me espera.

Cleofé (*saca de un cajón el polisoir, y bruñe las uñas de don Fernandito*).—Aunque no sea más que para corresponder a los desvelos de usted para conmigo...

Don Ferndito.—Y para recordar aquellos tiempos en que iba yo a su casa con el pretexto de las uñas...

Cleofé.—¡Y luego resultó usted un cliente ful!

Don Fernandito.—Cumplía órdenes superiores, doña Cleo.

Cleofé.—Por el momento, ya está. Otro día, más despacio, insistiremos.

Don Fernandito.—Mil gracias, doña Cleo: es usted una artista.

Cleofé.—Y usted un pozo de ciencia.

Don Fernandito.—Voy al despacho de don Oscar Hasta después, doña Cleo.

Cleofé.—Adiós, don Fernandito.

Don Fernandito (*al tiempo de salir, mirándola*).—Aún está fresca esta mujer. (*Vase izquierda.*)

Cleofé (*viéndole salir*).—¡Ay! ¡Si no me acordara de que acabo de ser abuela!...

(*Entra Paloma por el foro con elegante vestido.*)

Paloma.—Madre...

Cleofé (*rectificando*).—Mamá. Hemos convenido en que debes llamarme mamá y de tú.

Paloma.—Bueno: como quieras. Mamá.

Cleofé.—Tú dirás, hija mía.

Paloma.—Ya está lavada y puesta de limpio el ama. Parece buena mujer. Creo que hemos acertado.

Cleofé.—Dios te oiga, hija mía: porque llevamos unos días de órdago a la grande... (*Rectificando esta frase, recuerdo de su antigua posición, y tan poco en armonía con la presente.*) He querido decir unos días de perenne inquietud.

Paloma.—Si ya te he comprendido, madre.

Cleofé.—Mamá, mamá.

Paloma.—Como quieras. Mamá.

Cleofé.—Es que aún me quedan resabios que se manifiestan en la plebeyéz de algunas frases... Pero ya verás dentro de poco, ya verás... (*Paloma se sienta en una butaca con muestras de fatiga.*) ¿Qué te sucede, Paloma? ¿No te encuentras bien, hija mía?

Paloma.—No es nada; un poco de cansancio... Aún no estoy repuesta del todo y estos trajines me fatigan.

Cleofé.—¿Quieres echarte un rato?

Paloma.—No, no; si estoy bien. Hasta pienso salir esta tarde...

Cleofé.—En coche, por supuesto.

Paloma.—Sí; le dije a Ricardo que traiga el auto a las seis. Daré una vuelta por la Castellana.

Cleofé.—¿Llevarás al niño?

Paloma.—¿Cómo quieres..? Hay que equipar al ama para que esté presentable. Eso venía a decirte. Conviene que salgas para comprarla unos vestidos y la ropa interior necesaria.

Cleofé.—Me darás dinero.

Paloma.—Pídeselo a Oscar.

Cleofé.—Me temo que se repuche. Quiero decir... Ya tú me entiendes. Hemos estado hablando hace un momento. Está el hombre talmente intransitable. Y lo malo es que tiene razón. Tu hermanito le saquea de una manera vergonzosa. No nos ha caído mala enfiteusis encima.

Paloma.—Eso no tiene nada que ver. Tú le pides dinero y él te lo dará. Pues no faltaba más sino que regatease lo necesario para su hijo.

Cleofé.—No; si yo no tengo inconveniente en decírselo. Todo será que me suelte una andanada... Lo que siento es que esté delante don Fernandito...

Paloma.—¿Qué más da?

Cleofé.—A ti no te dará más ni menos.. Pero es que hay cosas que... Y como resulta que yo... Por más que, después de todo, no se trata de ningún salchucho, sino de una cosa muy natural y lógica...Vamos allá, vamos allá. (*Habla nerviosa, cohibida por la idea de recibir una reprimenda ante don Fernandito. Se santigua al tiempo de retirarse por la izquierda. Al quedar sola Paloma coje un libro y lee. Pequeña pausa.*)

Pepe (*asomando por la derecha*).—Señorita, el coche espera.

Paloma.—Bien. Es pronto aún. Ya bajaré. (*Sigue leyendo. Vase Pepe. Pequeña pausa, después de la cual sale don Oscar por la izquierda con un papel en la mano.*)

Don Oscar.—Ya estarás satisfecha. Ya puedes y debes estar satisfecha. Un caprichito más que se te ha cumplido.

Paloma (*levantando la vista del libro, con tono displicente y voz melosa de niña mimada*).—¿Por qué dices eso, Oscar? No sé a que te refieres, hijo.

Don Oscar.—¿A qué ha de ser? A la nodriza. «Me pongo malita; no puedo criar; que venga un ama.» Pues bien, sábelo: toda madre tiene el deber imprescindible, ineluctable de amamantar a sus hijos; y tú estás faltando a esa obligación primordial, elementalísima, contra la que no se rebela ninguna mujer bien nacida.

Paloma.—Pero Oscar, hijo, no te pongas así. Demasiado sabes que no ha sido un capricho. Es que no puedo. Hubiera enfermado. El doctor te lo ha dicho.

Don Oscar.—¡Bab, bah, bah! Pamplinas, subterfugios. Una crianza sujeta, esclaviza, destruye turgencias, impide diversiones. Esta es la verdad, la repulsiva, la denigrante verdad.

Paloma.—¡Oscar, por Dios! Tranquilízate, estás nervioso...

Oscar.—No sé como estoy. Endemoniado diría que estaba si no temiese añadir la blasfemia al desbarajuste. Tu señora madre acaba de sacarme más dinero. Yo no sé adónde vamos a parar.

Paloma.—Es preciso, Oscar. Tenemos que equipar al ama.

Oscar.—Todo es preciso, todo es necesario y yo me paso la vida trocado en una máquina de pagar facturas. Siguiendo asì, la ruina, la bancarrota, el caos.

Paloma.– No sé qué quieres que haga. Nos reduciremos si te parece.

Don Oscar.—Tu hermanito me saquea ignominiosamente.

Paloma.—Haces mal en darle nada.

Don Oscar.—¡Hago mal, hago mal! Si no se lo doy escandaliza, me avergüenza en la vía pública, me pone en la picota, ¿Qué he de hacer? Pago. Y luego esta casa, que es un pozo, un sumidero, una sima sin fondó. Modistos, sombrereras y zapateros se me llevan un caudal. Me asusto al ver las facturas, las creo equivocadas, te las enseño y aún resulta que aquello es muy económico. ¿Qué he de hacer? Pago. Y esto, (*Por la factura que trae en la mano*.), esto que acaban de traer ha colmado la medida de mi paciencia.

Paloma (*sin descomponerse*).—¿Qué es ello? Dilo ya, Oscar; pero no grites, hijo, que me aturdes.

Don Oscar.—Ahí lo tienes, (*Tira el papel sobre un velador*.) Una factura del guantero. Mil pesetas de guantes.

Paloma —Pero si es de mucho tiempo... lo menos de seis meses.

Don Oscar.—¡Y aunque así sea! Mil pesetas de guantes en seis meses. Este solo dato, demuestra el despilfarro, la ausencia de organización crematística que imperan en esta casa. No me repliques. Siguiendo así, tu hijo, ese hijo al que ni siquiera te has dignado nutrir como te manda la Naturaleza, acabará pidiendo limosna. Quise mujer joven y linda.

La tuve. Pero bien cara me cuesta. (*Vase por la izquierda. Paloma llora. Pequeña pausa.*)

Cleofé (*por la izquierda*).—¿Pero estás llorando? ¿Por qué lloras?

Paloma.—Ese hombre... Se ha enfadado mucho... Dice que le arruinamos...

Cleofé.—Exagera un poco; pero no le falta razón. ¡Fíjate, el cambio de vida! Compara aquella tranquilidad suya, con esta zarabanda que nos traemos entre unos y otros... Pero es buena persona, después de todo. Se repucha, pero acaba sacudiéndose. Y luego se le olvida, y te llena de carocas y de regalos. Apostaré a que hoy te trae la sortija de que hablamos la otra tarde.

Paloma.—Menos regalos y más cariño necesitaba yo.

Cleofé.—Pues en eso no tienes razón, porque el hombre ciega por ti. Esto son nubecillas sin importancia. Ya ves: a pesar de sus desplantes, 500 pesetas me ha dado para la ropa del ama. Diré por teléfono que traigan lo más preciso. Y ya, de paso, puede que encargue tela para un vestidillo para mí... ¿No te parece?

Paloma.—Como quieras.

Cleofé.—Voy por allá dentro, para vigilar al ama. ¿No te importa quedarte sola?

Paloma.—No; ¿qué más me da?

Cleofé.—Tu marido salió con don Fernandito. Creo que tiene una conferencia no sé dónde. Y no me seas tonta, y no llores, que otras muchas te envidiarán. (*Vase por la izquierda.*)

Paloma (*sola*).—Otras muchas me envidiarán: pero yo me compadezco... (*Suspira. Se limpia los ojos. Toma otra vez el libro, y lee. Pausa.*)

Doncella (*por la derecha*).—Señorita, ha venido el señorito Mario.

Paloma.—¿Le ha dicho usted que no está su tío?

Doncella.—Sí, señorita; pero dice que pase recado, por si la señorita quiere recibirle.

Paloma (*con sencillez*).—¿Por qué no? Que pase.

(*Retírase la doncella. A poco, entra Mario por la derecha.*)

Mario.—Paloma... Estás bien, ¿verdad? Me dijeron que has estado muy enferma...

Paloma.—Sí, hace días; pero ya pasó, por fortuna.

Mario.—¿Y... el niño? Creo que es muy hermoso.

Paloma.—Sí; ahora diré que le traigan, para que lo veas.

Mario.—¡Qué feliz serás! ¡Tienes un hijo! Una felicidad que está vedada para mí.

Paloma.—¿Por qué ha de estarlo? El día menos pensado lo tendrás.

Mario.—No es fácil. Mi mujer y yo, que nunca nos hemos querido, acabaremos odiándonos... si es que no nos odiamos ya. Es fría de corazón, calculadora, egoísta... Si a poco de casarnos me hubiese dado un hijo, tal vez no hubiera notado yo estos defectos suyos. Hoy... ni lo deseo siquiera. Me parece que no podría querer a una criatura engendrada en sus entrañas.

Paloma.—No digas eso, Mario. Le querrías; le querrías.

Mario.—Tal vez... Pero no llegará el caso. ¡Tú sí que serás feliz!...

Paloma.—Sí... Muy feliz... Muy feliz... (*Se lleva el pañuelo a los ojos.*)

Mario.—¡Paloma! ¿Por qué lloras? ¿Qué te sucede?

Paloma.—Nada... no es nada... Déjalo...

Mario.—No tienes confianza conmigo... ¿No sabes que soy tu hermano? Cuéntame, Paloma, ¿qué te sucede?

Paloma.—Nada.., Estoy triste...

Mario.—Pero ¿por qué?

Paloma.—Llevo una vida imposible... Tu tío tiene un carácter violento, cada vez más intolerable. Le parece mal todo lo que yo hago; me echa en cara lo que gasto...

Mario.—Pero ¿estará loco ese hombre? ¡Tener la felicidad suprema, y desdeñarla de ese modo!

Paloma.—Ahora mismo acabamos de tener una escena, porque vinieron a cobrar esa factura...

Mario.—¡Oh, Paloma, mi pobre Paloma! (*Le toma una mano entre las suyas. La factura está sobre un mueble. Mario la ve y lee su contenido.*) Mil pesetas de guantes... En rigor, yo también me hubiese enfadado contigo, aunque no por la misma causa... No hay derecho a gastar tanto dinero en guantes teniendo unas manos como las tuyas... (*Sin poderse contener, besa la mano de Paloma.*)

Paloma (*retirando la mano*).—¡Mario! ¿Qué has hecho?

Mario (*con pasión*).—Perdóname, Paloma. Estoy loco... Yo he debido escapar, expatriarme, buscando el olvido, o cuando menos la indiferencia. Te hubiera recordado siempre, como un sueño que no se pudo realizar. No tuve arranque para hacerlo así, y esto me llevará a la desesperación, a la locura.

Paloma.—No digas eso, Mario.

Mario.—Bien sabe Dios que no pensaba decírtelo, que no quería decírtelo. La fatalidad ha dispuesto las cosas de otro modo. Temblaba yo como un azogado cuando entraron a anunciarte mi presencia. Casi deseaba que te negases a recibirme.

Paloma.—Yo no podía negarme... Eres un pariente próximo de mi marido... Esta casa no debe cerrarse para ti.

Mario.—Estaría meses enteros hablando sin agotar el tema... Días pasados fingí un viaje, temeroso de cometer alguna inconveniencia que me delatara. Me instalé en una fonda, y salía de noche, rondando estas cercanías, como un malhechor, queriendo horadar con la mirada esas paredes. La noche en que nació tu hijo hubo un instante—perdóname, Paloma—en que deseé tu muerte. Sí; la deseé con toda la fiereza de mi alma. Muerta tú, ya no tendría celos de nadie.

Paloma.—Quién sabe si todo eso hubiera sido preferible...

Mario.—¡Paloma! ¿Por qué dices eso? ¿Qué quieres decir?

Paloma.—No, no, Mario; no he dicho nada; no he querido decir nada. Has oído mal.

Mario.—Ha sido un grito del alma que te ha delatado, que te ha vendido. (*Con resolución.*) Paloma, tú me quieres.

Paloma.—No, no, Mario... ¡Por Dios, no digas eso!

Mario.—Sí, lo digo porque es verdad; y tú debes tener el valor de reconocerlo. ¿Crees que vale la pena de vivir esta vida de infierno, pudiendo asomarnos a la felicidad?

Paloma.—¡No, no; qué horror!

Mario.—Nada de horror: qué alegría tan grande. Un día, un día memorable pronunciaste unas palabras que se grabaron, indelebles, en mi corazón. «Si no quisiera a Alberto—me dijiste—, sólo hubiera podido quererle a usted.» ¿Lo recuerdas?

Paloma.—Sí...

Mario.—Murió Alberto aquel mismo día, y a poco te casaste... ¡Te vendiste!

Paloma.—No, Mario, no.

Mario.—¡Oh, si yo pudiera decirte en dos palabras todo lo que he pensado en ti, lo que he soñado contigo... (*En voz baja.*) Mira, Paloma, en una de mis épocas de mayor exaltación, hace ya tiempo, alquilé un piso en un barrio extremo para convertirlo en santuario. Allí está tu retrato, en el sitio de honor. ¡Cuántas horas he dejado transcurrir contemplándolo en éxtasis!... Si tú quisieras, Paloma... Allí podríamos vernos alguna vez... ¡Oh! Nada más que vernos; te lo juro. ¡Tenemos derecho a un poco de felicidad! Hoy mismo... ¿Quieres? Tengo abajo mi coche. Despido al mecánico y te espero en la calle de en frente, por donde nadie pasa a estas horas. Yo lo guiaré para evitar habladurías. ¿Irás?

Paloma (*débilmente*).—No, no.

Mario.—Sí, irás, porque yo quiero que vayas...,

porque tú también lo deseas. Me voy. Te espero. ¿Irás, Paloma?

Paloma (*con voz apenas perceptible*).—Iré.

Mario (*estrechando y besando las manos de Paloma*).—Bendita seas. Adiós. (*Vase Mario por la derecha. Queda Paloma inmóvil un instante en el centro de la escena.*)

Paloma.—Dice bien. Tenemos derecho a la felicidad. (*Entra por el foro, coge el sombrero, se lo pone frente a un espejo y se encamina resueltamente a la puerta de la derecha. Por la misma le sale al encuentro el ama, con el niño en los brazos.*)

Ama.—Señorita, ¿quiere decirme dónde está la ropa del nene?

Paloma (*se detiene en el centro de la escena. Pequeña pausa. Luego se precipita sobre el niño y lo toma en sus brazos.*) Déjeme el niño. Váyase. Ya la llamaré luego. (*Se quita el sombrera y lo tira sobre un mueble.*)

Ama.—Está bien, señorita. (*Vase por la derecha.*)

Paloma (*se sienta y contempla al niño dormido*).—¿Qué iba yo a hacer? Perdóname, hijo mío, perdóname. Tu manita de ángel me ha detenido a tiempo. Viviré por ti y para ti. ¡No podrás avergonzarte jamás de tu madre! ¡Y decía yo, necia de mí, que mi vida no tenía objeto! ¡Perdóname, hijo mío, perdóname! ¡Qué más objeto ni qué mayor gloria que tenerte a mi lado y cuidarte y quererte! (*Le besa. Llora.*)

Cleofé (*por la izquierda*).—Ya están ahí los vestidos. No dirás que han tardado en traerlos. Pero, ¿qué haces? ¿Qué te ocurre?

Paloma.—Nada me ocurre. Despide al ama. Yo criaré al niño.

Cleofé.—¿Pero te has vuelto loca?

Paloma.—No, madre, al contrario. Era antes cuando lo estaba.

Cleofé.—Después de todo no me parece mal. También os crié yo a vosotras. Pero eso no es una razón para que no salgas de paseo. Tres horas lleva el coche esperándote...

Paloma.—Ya no salgo. Me quedo con mi hijo.

Cleofé.—Pues ya que está ahí, no es cosa de que se vaya de vacío. Se me acaba de ocurrir una idea... Puesto que vamos a despedir al ama... (*Entusiasmada.*) ¡Oh, sí, sí! Eso es mucho mejor, más distinguido. ¡Ya lo creo!

Paloma. —Pero ¿qué?

Cleofé.—Voy ahora mismo a encargar una *nurse*. (*Sale contoneándose. Paloma queda acunando amorosamente a su hijo.*)

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA OBRA



PRECIO: 3 PESETAS